LAS/12
MUJERES EN PAGINA/12
VIERNES 20 DE JULIO DE 2001
AÑO 3 Nº 171

La tanguera Lina Avellaneda
Una versión de Carmen
La Bella Otero de Orgambide

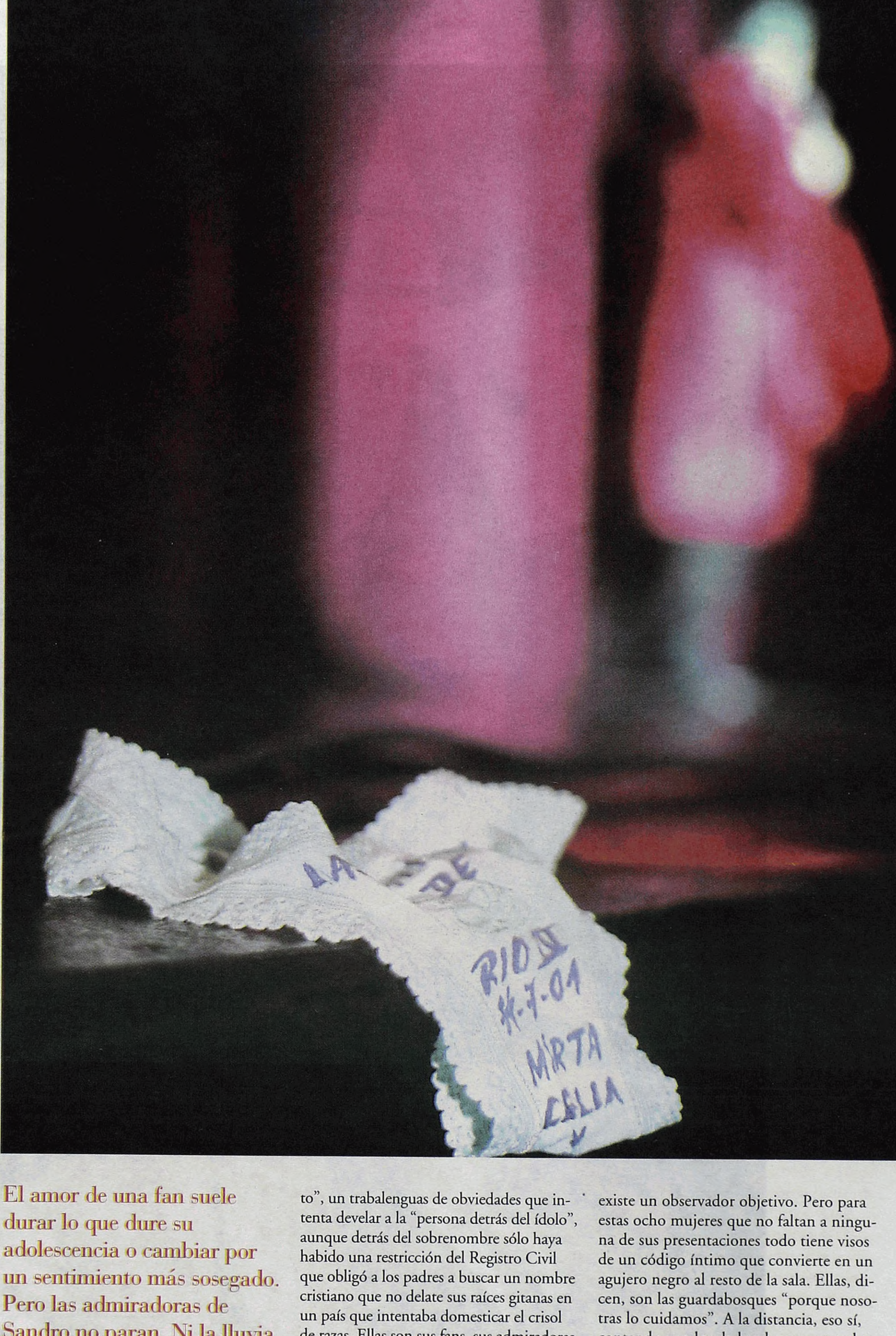


alta fidelidad

Tres décadas de amor por *Sandro*

IDOLOS

¡Papito!



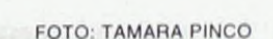
POR MARTA DILLON

La fiebre del sábado a la noche, en la avenida Corrientes, se volcó a la calle. Acaba de terminar el recital de Sandro y un par de palabras circulando de boca en boca desataron la estampida. Un enjambre de tapados de piel y tacos aguja que golpean sobre el asfalto deben llevar el eco de un rumor de cascos hasta los túneles del subte. El ídolo podría salir de ese estacionamiento y ésta podría ser la oportunidad para verlo un instante más, un poco más cerca. Y por eso las mujeres se desgañitan, corren, se instalan frente a los autos que hacen sonar sus bocinas como en un lunes de furia, hasta que finalmente se ordenan, como corresponde, mujeres grandes al fin y al cabo, en dos filas con un corredor en medio por el que pasará ¿la limusina? ,¿la 4x4?, ¿un Mercedes-Benz? Las novatas en el oficio de fans se lo preguntan entre ellas, alguna hasta fantasea con un Valiant negro y descapotable. Las de siempre conocen la respuesta y no la dicen, ya tienen el lugar asignado para atrapar el destello de una sonrisa tras el vidrio polarizado de un auto con menos glamour que el imaginado. Si la noche es dulce, un breve sonido electrónico, excitante como un gemido detrás de la oreja, deslizará el vidrio hasta mostrarlo, para que ellas se acerquen, lo besen fugazmente, le juren amor eterno. Ese es el premio mayor, breve como un relámpago, como un orgasmo, y como tal hay que conseguirlo. Las de siempre lo saben. Si corren al principio es sólo por marcar su lugar, por las dudas, por si a él le pasó algo extraordinario que lo haga salir del teatro antes de las cinco de la mañana, el horario habitual, cuando sólo quedan las fieles, las que él reconoce por su nombre.

El es Sandro, o Roberto, para las que aprendieron a quererlo "así, sabiendo que Sandro es Sandro porque detrás está Roberto", un trabalenguas de obviedades que intenta develar a la "persona detrás del ídolo", aunque detrás del sobrenombre sólo haya habido una restricción del Registro Civil que obligó a los padres a buscar un nombre cristiano que no delate sus raíces gitanas en un país que intentaba domesticar el crisol de razas. Ellas son sus fans, sus admiradoras, un ejército de flores como él las llamó alguna vez, sus mujeres, como dice en el escenario, apropiándose de los gritos, las lágrimas, las emociones que convoca su presencia.

El amor de una fan suele durar lo que dure su adolescencia o cambiar por un sentimiento más sosegado. Pero las admiradoras de Sandro no paran. Ni la lluvia ni el frío impiden que hagan guardia a la puerta del teatro donde actúa, a lo mejor con el único premio de verlo sonreír bajo un vidrio polarizado. Muchas han envejecido al mismo tiempo que él y ya sueñan sólo con alcanzarle una sopita en lugar de aullar a destiempo con un corcoveo de su pelvis. Qué fidelidad.

Durante el show, en la primera fila, ocho mujeres se dejan bañar por la luz roja de la puesta como si se empaparan en agua bendita. Las manos aferradas como en una plegaria, la expresión reconcentrada de quien está recibiendo una revelación y una tensión entre las piernas que las obliga a cerrarlas un poco más cada vez que El baja su mirada y con el brazo extendido las señala, como al resto de la sala. Ningún gesto suyo podría interpretarse como privado si creyéramos que existe un observador objetivo. Pero para estas ocho mujeres que no faltan a ninguna de sus presentaciones todo tiene visos de un código íntimo que convierte en un agujero negro al resto de la sala. Ellas, dicen, son las guardabosques "porque nosotras lo cuidamos". A la distancia, eso sí, contando con los dedos de una mano los encuentros cara a cara, las palabras que conservan como conjuros mágicos. "Siempre nos quedamos hasta que sale y entendemos que, si no baja el vidrio, es porque a veces está muy cansado. Yo soy muy respetuosa, cuando abre la ventanilla lo saludo y enseguida me corro para dejarle lugar a otra. ¿Sabés cómo termina mi saludo? Cuidate, le digo. Porque si él está bien nosotras también. ¿Cuándo fue el día que dijimos hoy está contento? El sábado pasado, bajó el vidrio, lo vimos contento y nos quedamos felices". Susana Vitali le pide a su amiga Estela que le refresque la memoria. Tiene 59, es viuda y forma parte de esa cofradía de 8 amigas que reconocen en Sandro "el lazo de unión de


FOTO: TAMARA PINCO

nuestra amistad". Seis son de capital, una de Azul y otra de Mar del Plata. En época de shows están más unidas que nunca, se paran como centinelas a las puertas del teatro y ni la lluvia, ni el frío, ni el hastío las harán moverse del lugar que han sabido conseguir a lo largo de tantos años de fidelidad. Después, si encuentran un lugar abierto, se irán a comer. Y si no llegarán a sus casas a hablar por teléfono entre ellas, a comentar lo que ya comentaron, para no quedarse con ese gusto a Sandro en la boca que no las deja dormir, que las hace transpirar. "Mi hija me reta –dice Susana–, no puede entender que hable por teléfono como una adolescente, pero yo lo necesito, a veces quedamos muy excitadas del show. Y tenemos que aprovechar porque se da cada dos o tres años". Susana hace sólo diez que admira a Sandro: "Yo no puedo decirte que lo amo, lo quiero como persona porque es tierno, dulce, amable, alegre, siento que es mi amigo aunque ése es un sueño imposible. De joven no lo veía tanto, empecé a seguirlo en el '91 porque me llevó una amiga y fue verlo entrar en el escenario y quererlo". Ahora en su vida hay un cerrado círculo de amigas, un tema de conversación que nunca se agota y un rumbo, ella sabe lo que quiere: sentarse en una mesa de café y charlar con El. "No sé si alguna vez lo conseguiré, pero ya conseguí otras cosas que eran imposibles. La última vez que me saludó me dijo: 'Susie, seguís fumando ¿hasta cuando?'". El ídolo, que tuvo que dejar el cigarrillo hace cuatro años, reconoce el olor del tabaco en ese beso fugaz que ella le roba en las madrugadas.

"Yo siempre dije

orgullosa que me gustaba Sandro, no se quién puede pensar que es grasa. Eso me dijeron algunas amigas, que en una época era grasa que te gustara. Pero nunca me di cuenta. Lo conocí a los cinco años porque me consiguieron una foto autografiada y la verdad es que era lindo. Para mí era como ese ser inalcanzable que una piensa que jamás va a poder tocar. De chiquita que cantaba el "Rosa Rosa", lo hacía igual que él. Fui a verlo a la cancha de San Lorenzo y ahí ya no me separé nunca de él. Ahora lo valoro como persona, ya no es lo mismo". Estela hace tintinear la decena de dijes y medallas de oro que le cuelgan de las muñecas y del cuello. Los ojos se le abren como platos bajo las cejas depiladas y el jopo platinado que ha cambiado poco a través del tiempo. Mucho menos que el resto de su persona según los documentos que ella misma ofrece: un álbum con 39 fotos abrazada a su ídolo, un record que menciona como a condecoraciones por sus desmedidos esfuerzos. En la primera, del año '87, los dos están en remera, delgados y sonrientes. La hilera de dientes seguirá brillando en el resto de las fotos; la pose, el abrazo apretado son los mismos, pero los cuerpos han cambiado. Estela hoy tiene 39 y una hija de 17 que está celosa de Sandro porque en época de shows su madre no la lleva a ningún lado y la adolescente ya no quiere ver al ídolo de multitudes como cuando era una niña y se colaba en las fotos de su mamá. ¿Cómo podría reconocer Estela apelativos tan pasados de moda como grasa cuando ella misma se sentía incluida en esos códigos? Vecina de Parque Patricios desde siempre, alumna aplicada de los géneros románticos, nunca gozó de otra música tanto como de la Sandro. Aunque eso no le impidió casarse con un rocker amante del heavy metal que obviamente no comparte sus gustos y asiste con paciencia a los desvelos de su mujer. "Sandro está desde antes que él y sabe que no puede decir nada. Lo único malo es la cuenta del teléfono, pero yo trabajo y lo pago. Aunque después me cueste decirle a mi hija que no hable tanto con las amigas". Este la tiene miedo de esta entrevista; su mayor preocupación es ofender al ídolo, dice que sabe cuándo tiene que acercarse a él y cuándo no, que puede darse cuenta si un show lo deja contento o agotado y que si ahora está hablando es porque Nora Lafont, la encargada de prensa de Sandro, le dijo que podía hacerlo. "Y si Nora lo dice es porque Roberto lo aprueba". Alguna vez soñó con una noche de amor con el cantante, alguna vez, cuando miraba sus películas de las que puede recitar sus parlamentos de memoria, se permitió una imagen en la que corría de su mano por una llanura verde. Pero eso ya pasó. Ahora comparte con Susana una fantasía de complicidad que la deje custodiar la fragilidad de la salud de su ídolo, que la deje poner el oído para sus dolores y sus penas. Quisiera hablar con él, aunque en los pocos encuentros que tuvieron apenas pudo pronunciar una palabra. "El se debe reír, porque después de tantas cartas en las que se lo pido, cuando me ve me quedo muda. Pero él te saca tema, siempre se acuerda de algo que le escribiste". Y ella lo hace con regularidad y con especial atención a las fechas clave: el Día del Amigo, el día que dejó de fumar, su cumpleaños, Navidad, Año Nuevo, etc., etc. Una vez le pidió por favor que la reciba en el camarín. Y unas semanas más tarde el sueño fue realidad. Nora Lafont les avisó que el galán las recibiría después del show. "Cuando un sueño se cumple, quiere decir que se puede inventar otros, no te digo que no los tuve, pero a él nunca le pude decir que no". Aunque él, específicamente, nunca le haya pedido nada.

El hombre de la rosa

–así se llama el show y todo indica que es él a quien se alude en la especie de obra de teatro que entre canción y canción lo ayuda a recuperar energía– se acoda en un piano de cola y chupa oxígeno del tubo que se acomodó junto al micrófono. El jopo que alguna vez emuló a Elvis Presley tiene un movimiento perpetuo gracias a ese soplo que le da una imagen de producción de fotos de moda. Les habla a "sus mujeres", les cuenta lo mal que lo pasó cuando estuvo deprimido y durante un año y cuatro meses no pudo salir de su bunker en Banfield. Habla de su recuperación, les da el protagonismo que se merecen, sin ellas él nunca se hubiera levantado de la cama. El tono es cada vez más íntimo; el hombre les propone una fantasía, imaginarlo en un cuarto de hospital con una máscara de oxígeno y sólo las sábanas para cubrirlo. Una mujer le dice que es capaz de despertarle el músculo dormido. "Callate, loca, que si no no vas a encontrar la habitación", dice él antes de guiar la fantasía de 3500 mujeres que se sienten enfermeras esta noche y soplan todas juntas como si lo hicieran para hundirse en su boca. "Así a Sandrito se le levanta la sangre", y la mano indica desde la entrepierna hacía dónde se dirigiría el fluido. En

RAFAEL YOHAI





"El tiempo pasó para los dos y está bueno que no sea tan lindo. Aunque cuando lanza esas miradas, cuando hace esos gestos, cuando se pone la bata y se mueve así, qué sé yo, te hace una cosquilla, es como una provocación. Pero lo tomo como cuando en una reunión se cuenta un chiste verde y te sonrojás un cachito".

las primeras filas algunas lloran de emoción. Otras no pueden callar sus ofertas de sexo explícito. La canción que sigue empieza lenta, dice quiero correr por tu cuerpo como agua caliente, dice amada mía, y en las butacas los cuerpos empiezan a moverse como en una danza privada que cumple el rito del ascenso y la caída. Cuando llega el estribillo, muchas parecen estar en éxtasis, aun las que aferran la mano de sus maridos –pocos pero pacientes– como al control remoto de un video porno. El se pone a temblar siguiendo su clásico estilo. Ellas también tiemblan; a su ritmo privado. Algunos grititos se escapan, no hay una desesperada histeria como frente a los strippers, más bien un secreto convencimiento de que algo de lo que propone es posible, aunque más no sea entregarse después a sus maridos como él mismo sugiere. "Los hombres deberían estar felices, se las dejo calentitas como churros a la mañana", dice en un guiño cómplice al 1 por ciento de la sala. En los pasillos la seguridad detiene a la más zafadas que pretenden llegar al escenario a tirar sus bombachas, sus cartas, sus peluches. "Acá he visto cosas que nunca me imaginé –dice uno de ellos–, vi a una mujer masturbarse con el respaldo de una silla y pedirle que demore la canción porque estaba a punto de acabar". Sus compañeros asienten en silencio, no tienen más que decir.

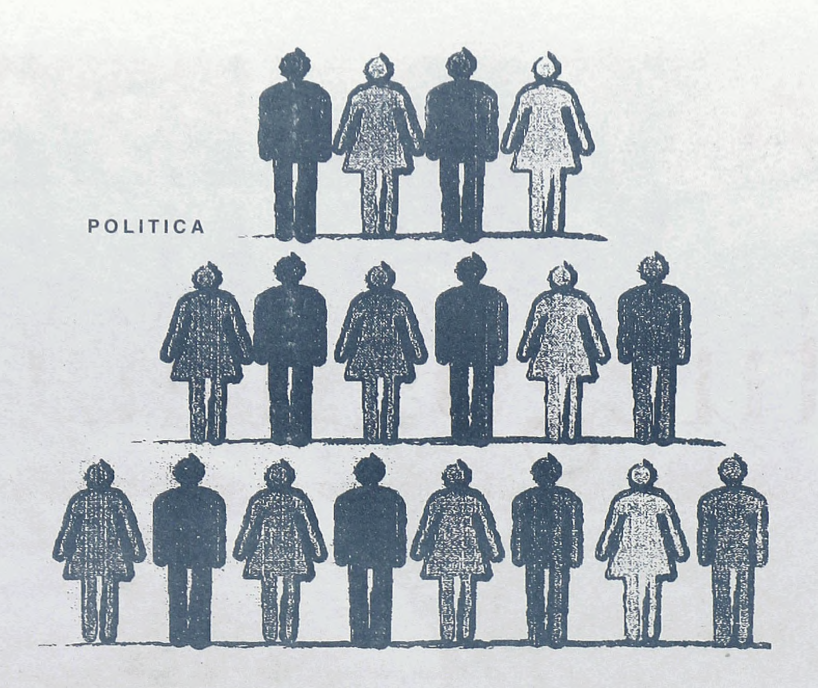
"No es mi caso, yo no quiero estar con mi marido después de verlo a él. La nuestra es una salida de mujeres, lo que queremos es estar con él." Norma tiene 47 y una fidelidad que arrastra desde los 15. Conoció a Sandro y a su marido en la misma época, es más, fue él quien la llevó a ver un recital de Sandro y los de Fuego, cuando el hombre de la rosa era casi un adolescente que en la prehistoria del rock nacional rompía guitarras en el escenario. Desde entonces tiene una amiga del barrio, de Villa Bosch, con la que se junta los sábados a escuchar las canciones de Sandro y a fantasear en voz alta. "Mis amores son prolongados, nunca me fui del barrio; mi marido es mi primer amor y la música que más me gusta es la de siempre". Antes soñaba con ir a bailar con Sandro, ahora sueña con tomar un café, aunque sólo tocarle la mano sería "un logro". Piensa que si sucede se haría encima, por eso se contenta con mirar arrobada cómo otra mujer que podría ser ella es la elegida para bailar con el ídolo. No entiende cómo esa mujer no lo abraza, no lo besa, no aprovecha. Sí, el hombre de sus sueños está cambiado, pero "yo tampoco soy la misma; el tiempo pasó para los dos y está bueno que no sea tan lindo. Aunque cuando lanza esas miradas, cuando hace esos gestos, cuando se pone la bata y se mueve así, qué sé yo, te hace una cosquilla, es como una provocación. Pero lo tomo como cuando en una reunión se cuenta un chiste verde y te sonrojás un cachito".

Flavia tiene la vincha, el gorro y una pechera con la imagen de Sandro. Tiene 23 y es hija de Norma. Sus amigas dicen que está loca, que está mal de la cabeza, pero ella sólo quería tenerlo ahí, cerca, escuchar esas canciones que le "dejan algo", como "Así", "Penumbras", "Te amo". Y él las cantó. Y ella cree que cuando hicieron el juego de la ruleta –que decide quién subirá al escenario a compartir un instante con ese hombre que tratará a la elegida como a una reina– y se tocó el corazón y le susurró te amo, él la vio y fue el momento en que estuvieron más cerca. "Capaz que ni se dio cuenta, pero para mí sí. Es muy seductor, no es que a esta altura de la vida me calentaría con él, pero si ahora tuviera mi misma edad no me paran ni los guardaespaldas". Se recibió hace poco de visitadora médica, pero trabaja como secretaria en una fábrica y ayuda a su mamá en el negocio de ropa de damas y niños, en Villa Bosch. Ultimamente ya no llevaba la foto del ídolo en las carpetas, le daba vergüenza, tanto desprecio de los demás terminó por cohibirla. Y ella misma no resuelve qué es lo que le pasa con ese hombre excedido de peso que la hace suspirar desde el escenario. "Cuando canta lo veo como un hombre, si opino de la parte física lo veo como a mi papá, pero no sé, bueno, qué sé yo". Los shows de Sandro es lo único que comparte con su mamá, nunca fueron juntas al cine ni a ningún otro lado, pero ahora disfruta como ninguna otra cosa esas salidas de mujeres en las que el exceso está permitido. Aun cuando sólo sea para gozarlo en la imaginación.

Sandro las trata de mamá, de mamita, les dice callate, loca, les dice insaciables. Ellas, las más de 3000 que pueblan la sala, responden como niñas buenas que cumplen su rol gritando a destiempo o deseándole salud según sea el caso. Por algo en las fantasías que cuenta las mujeres aparecen como enfermeras o como novias, tal vez, y aquí la máxima transgresión, como esposas que lo engañarían a él mismo, que actúa de marido como cuando invita a una de la platea a bailar. Pero si algo las conmueve a todas a esta altura de su sostenido amor es la alusión permanente a una salud debilitada, a una vida en "la que he gozado y sufrido" y en la que ellas, las fans, son protagonistas por haberlo rescatado de la muerte cuando alguna vez en diálogo con "Dios" se vio enfrentado a la opción de volver con sus mujeres o ir con él. Por lo menos esto es lo que relata el cantante. Sandro es el hombre en el sentido más arcaico del término. Y según Nora Lafont ése es uno de los secretos de su éxito, "no existe otra figura tan claramente masculina como él, es machista por supuesto, pero eso gusta". Y un macho en decadencia les permite a sus admiradoras mirarse en ese espejo sin riesgo, para protegerlo, aunque en algún descuido tal vez pudieran amarlo o rescatarlo. "Despertarle el músculo", como le gritan desde la platea cuando él mueve la pelvis con cierta nostalgia, aunque después meta la mano bajo la bata haciendo un gesto que insinúa que algo vive bajo el raso. "Yo lo quiero como a un amigo, cuando hace gestos eróticos es como un juego, es divertido y sólo a él le queda bien. Lo quiero, pero es una utopía que seamos amigos de verdad, aunque alguna vez tomamos un café y estuve en su cumpleaños. No se puede tomar en serio pensar en otra cosa, igual por un ratito sueño una noche con él, un ratito nada más". Mabel Armentia pertenece al club de fans de Lanús y el primer encuentro cara a cara con él fue en 1978, cuando ella tenía 20 años. No pudo articular una sola palabra, pero estuvo tan cerca de él, lo esperó tantas veces a la salida de los canales y de los shows que una vez la magia la tocó. Fue extra de su última película, *Subí que te llevo*, y formaba parte de esa juventud alocada que hacía los coros en las canciones y corría por la ruta con los pelos al viento. En realidad el amor por este hombre empezó para Mabel como una traición. Era fanática de Leonardo Favio, pero como a su hermano no le gustaba la llevó a ver una película de Sandro. "Y en la pantalla grande me convenció". A ella no le importa que alguna vez le hayan dicho "maricón, grasa y cualquier cosa, él siguió en la de él y ahora esa coherencia tiene sus frutos". Mabel vive en Lugano, trabaja en una escribanía desde hace tantos años que no se imagina haciendo otra cosa, vive con su mamá y nunca tuvo más amores que el que siente por su ídolo. Y eso es suficiente porque cumplió más sueños de los que imaginaba. "Lo importante es que es buena persona, que no habla de más y que siente igual que cualquier argentino. El llora por su bandera, por el país, tiene valores y eso te conmueve y te llena de orgullo". Sandro, para Mabel, es un hombre común y por eso puede amarlo. Qué importa que esté gordo y que resople entre tema y tema, "peor sería que esté con cirugía y mintiendo la edad, a todos nos pasan los años".

Los valores tradicionales, el amor por la bandera, la televisión basura –los reality shows–, los políticos corruptos, "el águila de Aerolíneas Argentinas que nos bajaron de un hondazo", el hipermercado que hizo cerrar el almacén de barrio, la gente mala y no las malas palabras, todas esas alusiones son tan ovacionadas como esos gestos masturbatorios que desatan los alaridos de una platea en éxtasis colectivo. Sandro aparece además de como un cantante de voz poderosa –lo único que parece no haber cambiado para él– como ese hombre del que podrían haberse enamorado antes y que ahora elegirían cuidar como madres amorosas, el mismo que puede hacerlas sonrojar con un chiste verde, el que defiende la hombría de bien. Sandro es un espejo que devela y no deforma. Ellas le hacen creer que es el hombre más atractivo del mundo aunque a esta altura sólo puedan pensar en hacerle la sopita. Y él mantiene inalterable esa magia y esas historias que les permiten creer a ellas que, aun cuando pase el tiempo, el deseo está intacto y la puerta está abierta para ir a jugar.

FOTO DE TAPA: TAMARA PINCO



POLITICA

más mujeres, más democracia sindical

POR MARÍA JOSÉ LUBERTINO*

Desde 1991, poco después de sancionada la ley que obliga a los partidos políticos a incorporar a un 30 por ciento de mujeres en las listas de candidatos a cargos electivos, distintos proyectos se han sucedido sin éxito para consagrar un cupo mínimo de mujeres en las conducciones de las asociaciones sindicales.

Esta es la primera vez que el Poder Ejecutivo asume la iniciativa de enviar un proyecto en este sentido y seguramente no es casual que esto ocurra cuando la responsable de la cartera de Trabajo es una mujer.

Desde 1994 el Congreso nacional tiene el mandato constitucional "de legislar y promover medidas de acción positiva que garanticen la igualdad real de oportunidades y de trato... en particular respecto de ... las mujeres..." (art. 75, inc. 23) y la salvaguarda de que las medidas especiales destinadas a encaminar y acelerar la igualdad de facto entre el hombre y la mujer no se consideraran discriminación negativa que violente la igualdad formal ante la ley (art. 4 de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer).

Es por este motivo que nuestro Parlamento está en mora con más de la mitad de la población cuando después de tanto años no ha sancionado ninguna norma de avance de equiparación de mujeres y varones en el ámbito laboral ni en los lugares de decisión sindical, empresarial, profesional o del Poder Judicial o de la estructura del gobierno nacional. Duermen en los cajones muchísimos proyectos de Planes de Igualdad globales o en algunos de estos aspectos. Sólo la Ciudad de Buenos Aires ha avanzado en estas materias por la redacción explícita de su propia Constitución y por los lentos avances de la legislación en este sentido.

En este caso proponemos y reclamamos la pronta reforma de la Ley de asociaciones sindicales y la de procedimiento de negociación colectiva a los efectos de incorporar acciones afirmativas que garanticen como mínimo un 30 por ciento de mujeres en las conducciones de las asociaciones sindicales de primero, segundo y tercer grado, ya sea que tengan inscripción o personería gremial y otro tanto en la constitución de unidades de negociación colectiva de las condiciones laborales. Sólo en aquellos casos en que la afiliación de mujeres al sindicato sea inferior a ese porcentaje el piso podrá ser inferior y proporcional al padrón de afiliadas. Cuando no se cumplan esos mínimos no se oficializarán las listas electorales o no se homologarán los convenios colectivos.

Estas medidas comenzarán a corregir situaciones de doble discriminación de las mujeres en el mundo sindical. Ellas padecen como toda trabajadora los efectos devastadores de la división sexual del trabajo (segmentación por rubro de actividad o de tareas según sexo, mayor precarización, salarios inferiores, doble jornada de trabajo, no equiparación de los varones en los derechos para asumir las responsabilidades familiares, entre otros), y como toda mujer en espacios de decisión los efectos de las ancestrales prácticas sexistas en el manejo del poder que les determinan un "techo de cristal".

Ya existen en la CGT un Instituto de la Mujer y en la CTA una Secretaría de Igualdad de oportunidades y trato que vienen caminando en este sentido, sin embargo son escasísimas las mujeres en las conducciones aun en los sindicatos mayoritariamente femeninos. La CTA debe ser mencionada como ejemplo porque por propia decisión estableció un 20 por ciento obligatorio de mujeres para las próximas elecciones. En la histórica CGT por primera vez hay una mujer en el máximo nivel de conducción. Pocas han sido las mujeres paritarias y, como en el caso de UPCN, cuando han tenido una participación decisiva esto se refleja en los contenidos de lo acordado en las negociaciones introduciendo temas y aspectos generalmente ignorados por los varones y que abren el debate del exclusivo enfoque salarial, que aunque necesario no debe agotar los rubros de protección de las y los trabajadores.

Además, la inclusión de las mujeres en los más altos espacios de decisión sindical será de por sí una medida democratizadora, especialmente en los sindicatos con prácticas tradicionales y donde otras medidas de cambio en las formas de representación son necesarias.

En el plano internacional, actualmente más de la tercera parte de las organizaciones nacionales afiliadas a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (Ciosl) ya reservan puestos a mujeres en sus Ejecutivos. En las federaciones sindicales de Austria, Canadá, Fidji, Países Bajos, Nueva Zelanda, Suiza y Reino Unido, la proporción de mujeres representadas en el estamento directivo casi guarda correspondencia con el número de mujeres afiliadas.

Las investigaciones demuestran que se incrementa la afiliación de mujeres a los sindicatos, incluso en lugares donde hay una disminución general, si hay mujeres en los puestos de responsabilidad. Esto en épocas de escepticismo y descreimiento institucional no parece poco. Lo que también es evidente es que sólo cuando hay mujeres en las conducciones sindicales cambia el concepto de trabajo, no restringiéndose al remunerado y revalorizando el doméstico, y aparecen los intentos de mejorar la calidad de vida para todos y todas compatibilizando los roles familiares y laborales.

En la Argentina hay un sindicalismo femenino invisible, de la solidaridad y el trabajo cotidiano, que está al lado de las necesidades de los compañeros o de los que dejaron de serlo, que generalmente no está apareciendo en las fotos con las autoridades o no está decidiendo los paros y que tiene ganas de demostrar que tal vez a través de otros argumentos, otras metodologías y mayor creatividad se pudieran encontrar nuevas soluciones más acordes con las urgencias del momento.

** Presidenta de la Comisión Tripartita de Igualdad de trato y oportunidades entre varones y mujeres en el mundo laboral. Ex constituyente de la Ciudad de Buenos Aires.*

RAMOS GENERALES

Dama de prensa

Había empezado a interesarse por el periodismo en el colegio secundario. Años después, ya graduada de la Universidad de Chicago, empezó a trabajar para el *San Francisco News*. Para entonces, su padre, Eugene Meyer, había comenzado lo que parecía anunciarse como un pésimo negocio, la compra de *The Washington Post*. El diario estaba en bancarrota, perdía cerca de un millón de dólares por año y tenía una tirada cercana a los 50 mil ejemplares. Recién seis años después, en 1939, el señor Meyer permitió que Katharine ingresara como reportera al *Post*. Pero al año siguiente, ella contrajo matrimonio con Philip Graham, un señor abogado de Harvard, se alejó del periodismo y se dedicó full time a la crianza de sus cuatro hijos. Su marido, en tanto, recibía de manos de Meyer la dirección del diario, en 1946. Los cerca de 20 años de vida doméstica llegaron a su fin cuando su esposo, alcohólico y maníaco depresivo, tomó uno de sus rifles de caza y se disparó. Katharine tenía 46 años y se encontró, de golpe y porrazo, dirigiendo el diario. Fue precisamente bajo su mirada que, en los 70, el *Post* publicó un informe secreto del Pentágono sobre la guerra de Vietnam. "Ese", recordó en *Historia personal*, su autobiografía, "fue un momento particularmente solitario para el diario. Yo pensaba si es una noticia tan importante, ¿dónde están los demás?". Esa misma publicación fue la que, en términos profesionales, allanó el camino a una decisión histórica: la de permitir que dos de sus periodistas dedicaran tiempo a una investigación que parecía menor y terminó derrocando al presidente Nixon, el Watergate. En 1993, con 76 años, cedió el control del diario a uno de sus hijos, aunque continuó como presidenta del consejo ejecutivo. Había logrado lo que ni su padre ni su marido soñaban: convertir esa pequeña empresa en un conglomerado de diarios, revistas, radio y televisión. Sólo a los 80 años, cuando recibió el Premio Pulitzer por su autobiografía (rápidamente convertida en best seller), empezó a creer que podía escribir bien. Cuando murió, el martes por la mañana, de manera breve y al parecer indolora, luego de haberse caído en la calle, todavía seguía dudando sobre su talento.

LIBRERÍA

Deliciosa



Madame P. era una belleza que, un buen día, vio aparecer una arruga en su carita. "Cada vez que una mujer ha querido remediar las incomodidades de la pasión amorosa, se ha equivocado o ha trocado un mal por un desastre. Sólo es amada por la fatalidad y al pecar contra ella pierde todo. Admitamos que Madame P. hubiera continuado deslumbrando, desolando con su esplendor a unas rivales, afligiendo a un marido celoso y locamente enamorado. ¿El matrimonio estaba abocado a un drama? Conforme, (...) pero diría que a un drama normal: suicidio del marido, duelo entre el susodicho marido y un supuesto amante. Todo forma parte de la tradición, de la banalidad, del amor salvaje y corriente. Te mataré, amenazaba una mujer celosa. Es asunto tuyo, le contestó su marido, con mucho sentido común." Colette contaba, teorizaba, destilaba veneno, ironía, poesía, todo a la vez. En *Mujeres* –ed. Sudamericana–, Germán Marín ofrece una simpática antología de las columnas que solía publicar en algunos diarios la única francesa capaz de pasar de escandalosa cocotte a gloria nacional en una sola vida.

EL CAMAFEO

La niña rica con tristeza



Con 13 añitos recién cumplidos, Doris Duke recibió la herencia familiar: la fábrica de cigarrillos Camel. Por esa época, las criadas solían pasearla por el parque de la mansión... sobre un almohadón de seda. Detrás de ella, el cortejo terminaba con los pasitos de sus dos mascotas favoritas, Baby y Princesa, unos simpáticos dromedarios alimentados exclusivamente con flores de hibiscus y de las delikatessen que un cocinero (contratado para esos fines y nada más) preparaba amorosamente. Tan embebida estaba Doris de ese espíritu mil-y-una-nochesco que, ya algo más grande, hizo construir en los jardines de Shangri-La (su casita de Hawai) una réplica,exacta de la mezquita de Ispahan. A su muerte, en 1993, legó una fortuna considerable a su perro.

LIRICA

fuegogitano

POR MOIRA SOTO

Qué más puede pedir una fanática total de *Carmen* que llegar al lugar del reportaje sobre la reposición de esta ópera, y encontrarse a una de sus intérpretes haciendo la seguidilla del final del primer acto? "Près des remparts de Séville/ chez mon ami Lilas Pastia/ j'irai danser la seguidille...", canta Isabel Minguez y desde la última fila del precioso teatro Avenida se percibe que el indómito espíritu de la gitana cigarrera está presente en esta renovada versión que cuenta con la dirección musical de Antonio Russo, puesta en escena de Ana D'Anna y un elenco que incluye a las mezzosopranos Mariana Rewerski e Isabel Minguez alternándose en el rol protagónico, Susana Caligaris y María Daneri interpretando a Micaela, los tenores Juanjo Cura, Alejandro Crea y Enrique Folger como Don José, y los barítonos Mario de Salvo y Armando Noguera en el papel de Escamillo. Asimismo, participan el Coro Juventus Lyrica, el Coro de Niños del Instituto Coral de Santa Fe y la Orquesta Asociación de Profesores del Teatro Colón. Un auténtico lujo que las/os amantes de *Carmen* podrán disfrutar mañana 21, el miércoles 25 y el sábado 28 en el Teatro Avenida ("una sala a la medida humana", dirá el maestro Russo), a las 20.30, pagando entradas muy accesibles si se considera el despliegue de esta puesta en la que trabajan –delante y detrás de las candilejas– no menos de 170 personas: $30 platea hasta fila 10, $25 las siguientes; $20 la tertulia; $10 el paraíso, y $5 el sobreparaíso.

Obra maestra absoluta de todos los tiempos, *Carmen*, sin embargo, fue subestimada al estrenarse en 1875, en la Opéra-Comique de Paris, y cuenta la leyenda que este fracaso le costó la vida a su creador, Georges Bizet (1838-1875), quien de todos modos ya estaba muy enfermo. Pese a la incomprensión de los críticos y a haberse presentado en (según Ethan Mordden) "ese refugio del sentimentalismo de la burguesía", una clase social que no podía bancarse tanta audacia musical y temática de esta obra precursora del verismo. *Carmen* se seguía representando tres meses después del debut y el 3 de junio –fecha de la muerte de Bizet– su protagonista, la Galli-Marie, aseguró haber sido sacudida por una premonición funesta precisamente en el tercer acto, cuando el trío de adivinas predice la muerte de Carmen a través de las cartas.

Para la escritura musical de *Carmen*, la gitana libertaria que algunas versiones tratan trivialmente como femme fatale y otras, más engagées, como la portavoz de los excluidos, Bizet se inspiró en el notable libreto de Henri Meilhac y Ludovic Halévy, quienes a su vez se basaron libremente en el relato homónimo de Prosper Merimée, otro francés fascinado por España (con la diferencia de que el escritor sí había visitado ese país).

LEJOS DEL DIVISMO, CERCA DE LOS JÓVENES

La fundación de Juventus Lyrica –institución que recientemente ha ofrecido representaciones tan valiosas como las de *La flauta mágica* de Mozart o *Les mamelles de Tirésias* de Poulenc– aunó las inquietudes de Antonio Russo y Ana D'Anna. "Es una postura de vida –filosófica, ética– esto de darle posibilidades a la gente joven, que en nuestro país tiene un futuro sumamente oscuro, desolador diría. A través de esta organización, tratamos de que esta gente pueda crecer, realizarse, conocer repertorio. Apoyamos no sólo a cantantes: también a régisseurs, directores de orquesta, pianistas y otros acompañantes, vestuaristas y escenógrafos jóvenes... En fin, a todos los que participan de la lírica. Nuestro enfoque implica que no hay ni divas ni divos, tampoco primero y segundo elenco: están todos en el mismo nivel", señala democráticamente el maestro Russo, y agrega: "En *Carmen*, al haber más de un intérprete para los personajes principales, se suman horas y horas extra de ensayos. Es agotador pero lo hacemos pensando que los frutos bien merecen el esfuerzo. Hemos encarado obras de gran diversidad estilística y conceptual. Ahora, con *Carmen*, estamos con el romanticismo, con esta ópera de riqueza inagotable, tratando de llegar a la verdad de Bizet, que no es la de Merimée ni tampoco la de algunas grabaciones que rondan por ahí".

La régisseuse Ana D'Anna –cantautora, puestista teatral, Medalla de Oro 1997 al graduarse en la carrera de Régie en el Instituto Superior del Colón– declara que, como en anteriores puestas, trabaja muy unida al maestro Russo, "porque tenemos muchas afinidades y coincidencias. En *Carmen* propongo el cruce de las dos Españas, muy cerca de Lorca y dejando de lado todo vestigio de comedia musical".

"La obra tiene una arquitectura maravillosa –se apasiona Russo–, de una luminosidad que culmina justo al terminar el segundo acto, donde figura el magnífico Himno a la Libertad, que sintetiza la postura vital de Carmen (Comme c'est beau la vie errante,/ pour pays l'univers, pour loi ta volonté,/ et surtout la chose enivrante/ ¡la liberté! ¡la liberté!)." "A partir de ese himno –apunta D'Anna–, los personajes se invierten: Micaela se fortalece, Don José se desdobla, Carmen se ensombrece ante el anuncio de su muerte... Ella es de un coraje francamente heroico, cuando enfrenta su destino adquiere estatura trágica. Es un personaje universal y atemporal. Más aún, creo que cualquier frase de cualquier personaje en esta ópera tiene hondas resonancias para el público actual."

DOS MUJERES TAN ÍNTEGRAS COMO DIFERENTES

Para la santafesina Susana Caligaris "es una enorme felicidad poder estar en esta *Carmen* de la Capital" (la soprano ya había actuado en el estreno oficial en Santa Fe, en noviembre último). Cantante lírica formada en la Universidad del Litoral, especializada en la preparación de coros, integrante del elenco de solistas Coro Polifónico Provincial, Caligaris defiende con fervor a su Micaela, la contrafigura de Carmen: "Es diáfana pero con gran interioridad, bondadosa y con una sagacidad natural. Tiene su carácter, que hay que descubrir. Ha sido educada por la madre de Don José y está dispuesta a salvar –según sus principios, claro– a su amado. Sabe perfectamente antes de conocerla que Carmen es muy peligrosa. Pero semejante rival no la achica para nada, ella se impone a sí misma ser fuerte. Sin embargo, cuando lo ve a Don José cerca de Carmen y advierte los gestos de amor de él, no puede ocultar su dolor. Micaela representa los valores tradicionales en los que asimismo ha sido criado él. Por eso, Don José también se siente atraído por ella, y como dice el maestro Russo, cuando se encuentran en el primer acto y él canta a los dulces recuerdos del pasado, a su terruño, está expresando la nostalgia de una felicidad sencilla que ya no ha de volver..."

A Mariana Reweski, de apenas 26, el poder hacer a Carmen en este momento de su vida la lleva a poner el acento en una juventud que no suele ser habitual en las intérpretes de este personaje: "Carmen me da muchísimaenergía, puedo estar ensayando cinco horas y no darme cuenta del paso del tiempo. Es que ella tiene un fuego interno tan grande que una como instrumento siente circular esa fuerza, esa pasión. Ella es

TAMPINCUAS



ISABEL MINGUEZ Y MARIANA REWERSKI.



En el teatro Avenida podrá verse durante tres días y a precios razonables Carmen, una ópera de Bizet que ha generado tantas versiones como éxitos. Definida alguna vez como refugio del sentimentalismo de la burguesía, la obra –que cuenta los amores de una cigarrera libertaria y se ha convertido en emblema de los excluidos– se impone con innovaciones y aciertos.

íntegra y antes del quiebre por las cartas fatales, Carmen es feliz, totalmente libre, hace lo que quiere, como quiere y con quien quiere. Disfruta tanto de su forma de vida que quiere incorporar a Don José, aflojarle los rigores de su uniforme, de su futuro programado junto a Micaela... Ella es una flecha energética que lo quiere liberar", afirma esta cantante egresada del Conservatorio Nacional de Música, que se ha presentado como solista en ópera y oratorios en el Colón y otros teatros del país y del exterior.

"Carmen es una adelantada a su época y ésa es una de las genialidades de Bizet, que no la presenta como una pecadora: ella es una mujer de principios, una gitana de ley", se entusiasma Isabel Minguez, la otra Carmen. "Ella va de a uno por vez, y cuando está con Don José lo ama sinceramente, con todo. Yo desciendo de gitanos y sé que es gente muy leal, contrariamente a lo que dicen ciertos estereotipos. Pero lo cierto es que al ser tan perseguidos, los gitanos tuvieron que arreglárselas en una sociedad muy estructurada que no respetaba su forma de ser. Es una raza muy fuerte, que ha soportado siglos de discriminación y que tiene sus propios códigos morales. Por suerte, esta vez intentamos hacer una Carmen más profunda, con toda su dignidad. Y lo mismo diría de Don José, en su estilo: en ambos personajes se mueven fuerza internas, a veces contradictorias."

Mariana Reweski e Isabel Minguez reconocen que hasta este momento de la nota no se habían puesto a hablar de sus respectivos enfoques de Carmen, personaje al que salta a la vista que aman entrañablemente: "Nos dicen que hacemos dos Cármenes distintas, pero no sabría señalar en qué difieren. Acaso en que nuestras personalidades se reflejan en el acercamiento al personaje, siguiendo claro la línea de Ana D'Anna y el maestro Russo", dice Reweski, mientras que Mínguez acota que "me molesta cuando se presenta a Carmen con una visión epidérmica, como a una promiscua porque sí. Los que así la miran están aplicando la doble moral de siglos pasados. Carmen disfruta de su cuerpo, de la libertad, de la naturaleza, sin prejuicios y sin trabas".

Como hace notar Ana D'Anna, "es la primera vez que la clase trabajadora, las obreras cigarreras en este caso, pobre, que vive al margen en el caso de los gitanos, es protagonista de una ópera. Acá no hay ricos, no hay títulos nobiliarios. Apenas Don José, que integra una guardia modesta que cuida la manufactura, pertenece a la España católica. La otra España es la de los gitanos, y no se pueden entender entre sí. Es decir que también asistimos al conflicto de un amor imposible porque estos amantes pertenecen a dos culturas muy diferentes. Lo que no quita que Carmen haya amado a Don José, como sostienen las dos cantantes que la encarnan en esta versión".

ANTICIPO

La Bella Otero

Fue la reina del varieté en el cruce de los siglos XIX y XX. Desde la nada de un pueblo de Galicia en el que nació como Agustina Iglesias, emergió Carolina Otero, de ahí en más la Bella. Fue adorada por hombres como el duque de Albornoz o G. A. Eiffel, y tuvo intimidad con mujeres como Colette e Isadora Duncan. Pedro Orgambide tuvo la delicadeza de escribir su biografía novelada, de la que se rescata este fragmento, el que da cuenta de la pasión que la unió a Antoni Gaudí.

POR PEDRO ORGAMBIDE

Antoni Gaudí i Cornet, el hombre que ayunaba en su cama, vestido y con los zapatos puestos, no podía dejar de pensar en la mujer que enloquecía a los catalanes con sólo cantar y moverse en un tabladillo de Barcelona. Sus amigos más cercanos, poetas y filósofos, parroquianos del Café Pelayo, abandonaban la lectura de Nietzsche y de Ruskin para ver y oír a la Bella Otero. Eso no lo sorprendió demasiado, ya que sus amigos eran volubles en cuestiones estéticas. "Frívolos", pensó el ayunador, que continuaba un largo período de abstinencia, entregado al dibujo y la lectura de la Biblia. Mientras sus amigos se mezclaban en las manifestaciones anarquistas que agitaban a Cataluña, en tanto escribían sus arengas y manifiestos, él, Gaudí, permanecía en cama, acostado y con los zapatos puestos. Los frívolos, en fin, en vez de hacer la revolución que prometían, terminaban sus noches en el teatrito donde la Bella Otero los encandilaba. "El deseo encandila", se dijo. Gaudí pensaba que había que estudiar la Edad Media "para extraerle el buen sentido y continuar el gótico, salvándolo de lo llameante". Lo había escrito después de soñar con la Bella, a la que sólo había visto en el Café Pelayo. Dedujo que las curvas de la Bella Otero guardaban cierta correspondencia con las de sus dibujos, bocetos de su catedral. Así, lo sagrado y lo impúdico se unían en algún punto misterioso. Antoni Gaudí i Cornet trató de poner en orden sus ideas, en contrapunto con los impulsos de su instinto. Pechos como balcones, gárgolas, torres como agujas hacia el cielo, surgían por aquellos días en los dibujos de Gaudí. En la mesa, en las paredes de su cuarto, en el suelo, se desparramaban los bocetos de una catedral imaginaria, con sus ángeles de piedra. El hombre que ayunaba, el abstinente, el lector de la Biblia, volvió a pensar en la Bella Otero como la antípoda de lo apolíneo y lo geométrico, como un desborde de lo dionisíaco sobre la dictadura de la inteligencia. El cuerpo de la Bella Otero, sus ondulaciones, la presentida temperatura de su piel, eran, para Gaudí, como "el organismo clásico griego que se oponía al sistema teológico del gótico". En algún punto –reflexionaba el ayunador– debían unirse, en una obra que todavía no había nacido, en la arquitectura que sólo vivía en su imaginación. Pensaba en eso cuando recibió la visita de quien iba a ser su mecenas: el conde Eusebi Güell.



LIANE DE POUGY, RIVAL DE OTERO.

El hombre parecía perturbado. Gaudí imaginó que lo agitaba alguna preocupación muy grande. Se lo veía inquieto, urgido por confesar aquello que lo obsedía. El conde, por lo general mesurado, esta vez hablaba de manera confusa, atropellada. El motivo de su desazón tenía nombre de mujer: la Bella Otero. La había visto y oído numerosas veces y seguía bajo los efectos de sus encantos. No se cansaba de elogiar su elegancia, la manera displicente de evitar la grosería de un público vulgar. El conde Eusebi Güell creía (no tenía por qué dudarlo) en el noble origen de la cantante que entonaba estos versos que parecían retratar a la Bella:

Dicen que soy una alhaja
dicen que soy una joya
y dicen que me he escapado
de los tapices de Goya.

Sólo la pasión, que es insensata, podía unir la devoción de nobles, comerciantes, bohemios y anarquistas por esa mujer tan joven, que había ganado fama en poco tiempo. Sólo la pasión y cierto espíritu de cambio que se vivía en Cataluña a partir de la revolución industrial. Desde muy diferentes perspectivas, el noble Eusebi Güell y el anarquista Sergio Montiel, pianista de music-hall, podían compartir su admiración por la Bella Otero. "Cuídate de los poderosos", le aconsejaba Sergio Montiel al observar la figura del conde en la puerta del teatro, quien esperaba a la joven cantante con su mejor sonrisa y un ramo de rosas.

El querido Eusebi fue el primer noble que conocí, el que me guió por un mundo de refinamiento. Quien accede a él, quien se acostumbra al lujo, termina por renegar de las penurias de la pobreza. Al menos, eso fue lo que me ocurrió a mí y lo que me reprochó Sergio Montiel, mi agnóstico ángel de la guarda. Con el conde aprendí las leyes del buen gusto y a permanecer alerta ante lo bello. Fue mi Cicerone y en cierto modo mi

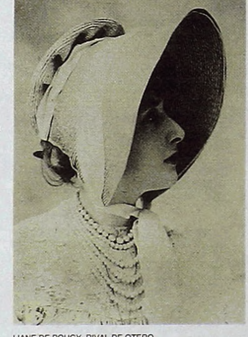


La Bella Otero

Fue la reina del varieté en el cruce de los siglos XIX y XX. Desde la nada de un pueblo de Galicia en el que nació como Agustina Iglesias, emergió Carolina Otero, de ahí en más la Bella. Fue adorada por hombres como el duque de Albornoz o G. A. Eiffel, y tuvo intimidad con mujeres como Colette e Isadora Duncan. Pedro Orgambide tuvo la delicadeza de escribir su biografía novelada, de la que se rescata este fragmento, el que da cuenta de la pasión que la unió a Antoni Gaudí.

POR PEDRO ORGAMBIDE

Antoni Gaudí i Cornet, el hombre que ayunaba en su cama, vestido y con los zapatos puestos, no podía dejar de pensar en la mujer que enloquecía a los catalanes con sólo cantar y moverse en un tabladillo de Barcelona. Sus amigos más cercanos, poetas y filósofos, parroquianos del Café Pelayo, abandonaban la lectura de Nietzsche y de Ruskin para ver y oír a la Bella Otero. Eso no lo sorprendió demasiado, ya que sus amigos eran volubles en cuestiones estéticas. "Frívolos", pensó el ayunador, que continuaba un largo período de abstinencia, entregado al dibujo y la lectura de la Biblia. Mientras sus amigos se mezclaban en las manifestaciones anarquistas que agitaban a Cataluña, en tanto escribían sus arengas y manifiestos, él, Gaudí, permanecía en cama, acostado y con los zapatos puestos. Los frívolos, en fin, en vez de hacer la revolución que prometían, terminaban sus noches en el teatrito donde la Bella Otero los encandilaba. "El deseo encandila", se dijo. Gaudí pensaba que había que estudiar la Edad Media "para extraerle el buen sentido y continuar el gótico, salvándolo de lo llameante". Lo había escrito después de soñar con la Bella, a la que sólo había visto en el Café Pelayo. Dedujo que las curvas de la Bella Otero guardaban cierta correspondencia con las de sus dibujos, bocetos de su catedral. Así, lo sagrado y lo impúdico se unían en algún punto misterioso. Antoni Gaudí i Cornet trató de poner en orden sus ideas, en contrapunto con los impulsos de su instinto. Pechos como balcones, gárgolas, torres como agujas hacia el cielo, surgían por aquellos días en los dibujos de Gaudí. En la mesa, en las paredes de su cuarto, en el suelo, se desparramaban los bocetos de una catedral imaginaria, con sus ángeles de piedra. El hombre que ayunaba, el abstinente, el lector de la Biblia, volvió a pensar en la Bella Otero como la antípoda de lo apolíneo y lo geométrico, como un desborde de lo dionisíaco sobre la dictadura de la inteligencia. El cuerpo de la Bella Otero, sus ondulaciones, la presentida temperatura de su piel, eran, para Gaudí, como "el organismo clásico griego que se oponía al sistema teológico del gótico". En algún punto –reflexionaba el ayunador– debían unirse, en una obra que todavía no había nacido, en la arquitectura que sólo vivía en su imaginación. Pensaba en eso cuando recibió la visita de quien iba a ser su mecenas: el conde Eusebi Güell.


LIANE DE POUGY, RIVAL DE OTERO.

El hombre parecía perturbado. Gaudí imaginó que lo agitaba alguna preocupación muy grande. Se lo veía inquieto, urgido por confesar aquello que lo obsedía. El conde, por lo general mesurado, esta vez hablaba de manera confusa, atropellada. El motivo de su desazón tenía nombre de mujer: la Bella Otero. La había visto y oído numerosas veces y seguía bajo los efectos de sus encantos. No se cansaba de elogiar su elegancia, la manera displicente de evitar la grosería de un público vulgar. El conde Eusebi Güell creía (no tenía por qué dudarlo) en el noble origen de la cantante que entonaba estos versos que parecían retratar a la Bella:

Dicen que soy una alhaja
dicen que soy una joya
y dicen que me he escapado
de los tapices de Goya.

Sólo la pasión, que es insensata, podía unir la devoción de nobles, comerciantes, bohemios y anarquistas por esa mujer tan joven, que había ganado fama en poco tiempo. Sólo la pasión y cierto espíritu de cambio que se vivía en Cataluña a partir de la revolución industrial. Desde muy diferentes perspectivas, el noble Eusebi Güell y el anarquista Sergio Montiel, pianista de music-hall, podían compartir su admiración por la Bella Otero. "Cuídate de los poderosos", le aconsejaba Sergio Montiel al observar la figura del conde en la puerta del teatro, quien esperaba a la joven cantante con su mejor sonrisa y un ramo de rosas.

El querido Eusebi fue el primer noble que conocí, el que me guió por un mundo de refinamiento. Quien accede a él, quien se acostumbra al lujo, termina por renegar de las penurias de la pobreza. Al menos, eso fue lo que me ocurrió a mí y lo que me reprochó Sergio Montiel, mi agnóstico ángel de la guarda. Con el conde aprendí las leyes del buen gusto y a permanecer alerta ante lo bello. Fue mi Cicerone y en cierto modo mi lazarillo, ya que hasta entonces yo había permanecido ciega frente a ciertas obras a las que acceden los que tienen tiempo para el ocio. Con el conde todo parecía fácil, familiar. Sabía disimular mi ignorancia. Se lo agradecí. Gracias a Eusebi no me sentí una intrusa ni en los museos ni en los salones de la aristocracia, a los que accedí junto a él. Cuando el coche echaba a andar, pasábamos frente a la Casa Vicenc, en la calle de las Carolinas. Entonces el conde, que era un joven muy culto, me explicaba que ésa era una obra de su amigo Gaudí. "¡Fíjate lo armoniosa que es y, a la vez, qué heterodoxa! Se nota la influencia del estilo mudéjar. ¡Y mira, mujer, qué bien se lleva el ladrillo con el mosaico policromo y el hierro forjado!" A mí me era difícil entender por qué un conde se entusiasmaba de ese modo con la arquitectura de una casa de Barcelona. En todo caso, me hubiera parecido más lógico que hablara de lujosos palacios, con grandes jardines y salones. Pero los aristócratas, se sabe, son seres extraños. El lo era de manera superlativa. Se interesaba en la vida de los artistas y respetaba el trabajo de los artesanos, de la gente laboriosa. En cambio, no ocultaba su menosprecio por la gente de su clase, por los aristócratas ociosos. Juro que me desconcertaba. Por un lado, se esmeraba en enseñarme los rituales y, por otro, juzgaba superfluo el ceremonial de la nobleza. Gracias a Eusebi, me familiaricé con los nombres y las historias de los príncipes de Europa. Llegué a creer que yo pertenecía a esas familias, las que por entonces dominaban el mundo. El joven conde aplaudía mis progresos. Un día me sorprendió con el regalo de un brillante.

Yo sentía mi vida dividida en dos: por las noches era la cantante y bailarina de teatro de varieté y en las madrugadas la amante de un noble. Durante el día dormía y después ensayaba para la función. Sólo algunas veces iba al Café Pelayo, acompañada por Sergio Montiel. Creo que yo no quería confesar que deseaba encontrar a Gaudí. No había podido olvidar el brillo de sus ojos, su mirada que parecía desnudarme. Hoy puedo pensar en eso sin temor y sin culpa, pero entonces (no había cumplido veinte años todavía) esa sola idea me atormentaba, porque deseaba ser fiel a mi amante. Juro que era así, aunque hoy nadie lo crea, sobre todo esos tontos que han escrito historias de la Bella Otero. Nadie diga que miento. Guardo aún en un cofre las cartas que me escribió el querido Eusebi, junto a los dibujos de Gaudí. Dicen que esos dibujos valen una fortuna, pero no pienso venderlos. Ambos me celaron sin razón, ambos creyeron que les pertenecía. No sospecharon que nadie pertenece a nadie y que, lo mismo que el mar, una es distinta cada vez, en cada ola de deseo. Pero no hablo más. ¿A quién le importa lo que yo sentía en ese tiempo? Estaba deslumbrada por la delicadeza, por los modales del conde Eusebi Güell. Lo de Gaudí es otro asunto: tiene que ver con los extravíos de la inteligencia.

Fue el conde quien me pidió que lo acompañara a la casa de Gaudí. Como de costumbre, su amigo estaba recostado en la cama, vestido y con los zapatos puestos. Cuando el conde nos presentó, Gaudí fingió no conocerme. Es posible que esa pequeña complicidad iniciara lo que después el conde Güell llamó nuestra traición. Como todo hombre, podía sufrir más con la deslealtad de un amigo que con la infidelidad de una mujer. Es algo que he comprobado en mi larga vida. Tal vez por eso los hombres parecen tan frágiles y conmovedores. Siempre tienen que estar haciendo algo para convencerse de que están en el mundo. Por aquel tiempo Gaudí soñaba con construir su catedral. Gaudí quería hacerla en homenaje a la Sagrada Familia, pero sin fondos de la Iglesia. "Con la ayuda de Dios me basta", decía omnipotente. "De Dios y de Matamala", agregaba riéndose. Llorenc Matamala, en ese entonces de veintinueve años, sería el encargado de las esculturas del templo. Gaudí se lo decía al conde, hablando con él como si yo no existiera. Pero no me engañaba. Ese es un ardid de los intelectuales. Ellos hablan como si lo único que les importara fueran sólo las ideas, pero en realidad están pensando en llevarse a la cama a quien escucha. Los conozco; los he frecuentado durante años. Esa noche, los tres fuimos a comer a un restaurante y ambos se mostraron encantadores. Esa noche Gaudí abandonó su estudiada pobreza y se portó como un dandi. Vestía un gabán corto, de color beige, botas altas, un corbatín de seda. En medio de la charla y de los vinos, deslizó, al pasar, una inquietante invitación: que yo posara para algunas esculturas que se emplazarían en la catedral que pensaba construir.

UNA GRACIA DE CARITAT PER L'AMOR DE DEU...

Todavía me parece oír la voz de la mendiga al pasar por la iglesia, rumbo a la casa de Gaudí. Yo me sentía orgullosa por servir de modelo para algunas esculturas de la catedral de la Sagrada Familia. Si bien las esculturas las haría el joven Matamala, los dibujos iniciales, los bocetos, corrían por cuenta de Gaudí. Me lo explicó, como distraído. Yo debía posar y obedecer y quedarme quieta. "Lo contrario de lo que haces por las noches", me dijo. Intuí cierta burla, pero preferí pasarla por alto. Muchas veces los hombres actúan así, con torpeza, para ocultar su turbación. Y yo sabía que lo perturbaba. Lo vi dibujar las torrescampanarias de la catedral, los símbolos del ángel, del toro, del león y del águila. Se volvió hacia mí y puso un manto sobre mi cabeza y yo no supe si dibujaba a María Magdalena o a la Virgen María, pero sentí una emoción muy grande y recordé a Celestino, buscándome, tembloroso, en el confesionario. Ahora Gaudí dibujaba la Capilla de la Penitencia y los cuatro obeliscos que representaban los puntos cardinales, a los que imaginé –¡Dios me perdone!– como falos gigantescos. Me reí tontamente. Era una niña aún.


"DICEN QUE SOY UNA ALHAJA, DICEN QUE SOY UNA JOYA..."

No recuerdo en qué momento el abstinente dejó su penitencia. Yo iba a su estudio y posaba durante horas, pero no podía quedarme quieta como las modelos profesionales y me movía apenas cubierta con una manta, sabiendo que Gaudí estaba mirándome. "Buscona –me dije–, soy una buscona." Yo no sé si Gaudí deseaba vivir como un anacoreta o si exigía al máximo su castidad, sólo para sentir voluptuosamente su derrota. Porque de pronto (no puedo precisar el día, la hora en que ocurrió) él me quitó la manta y comenzó a besar mis piernas y a besarme por dentro. Yo ardía y buscaba saciar su sed, alimentada durante meses. Como en la tienda de don Sebastián, yo estaba rodeada de figuras sagradas, de ángeles y santos. Igual que allí, creía renacer en la selva húmeda del paraíso terrenal. Pude creer que Gaudí modelaba mi cuerpo, que me sentía como la materia palpitante que deseaba apresar en la arquitectura. Pero a la vez, sentí que él era un esclavo del deseo que yo le despertaba y que luchaba conmigo en la oscuridad del estudio como quien lucha con su propio demonio.

ero

arillo, ya que hasta entonces yo había rmanecido ciega frente a ciertas obras a que acceden los que tienen tiempo para ocio. Con el conde todo parecía fácil, faliar. Sabía disimular mi ignorancia. Se lo radecí. Gracias a Eusebi no me sentí una rusa ni en los museos ni en los salones de aristocracia, a los que accedí junto a él. iando el coche echaba a andar, pasábaos frente a la Casa Vicenc, en la calle de Carolinas. Entonces el conde, que era un ven muy culto, me explicaba que ésa era a obra de su amigo Gaudí. "¡Fíjate lo aroniosa que es y, a la vez, qué heterodoxa! nota la influencia del estilo mudéjar. ¡Y ra, mujer, qué bien se lleva el ladrillo con mosaico policromo y el hierro forjado!" A me era difícil entender por qué un con se entusiasmaba de ese modo con la arjitectura de una casa de Barcelona. En to caso, me hubiera parecido más lógico e hablara de lujosos palacios, con grandes dines y salones. Pero los aristócratas, se be, son seres extraños. El lo era de manera perlativa. Se interesaba en la vida de los istas y respetaba el trabajo de los artesa-s, de la gente laboriosa. En cambio, no ultaba su menosprecio por la gente de su se, por los aristócratas ociosos. Juro que e desconcertaba. Por un lado, se esmeraba enseñarme los rituales y, por otro, juzga superfluo el ceremonial de la nobleza. racias a Eusebi, me familiaricé con los mbres y las historias de los príncipes de ropa. Llegué a creer que yo pertenecía a as familias, las que por entonces dominan el mundo. El joven conde aplaudía mis ogresos. Un día me sorprendió con el reo de un brillante.

o sentía mi vida dividida en dos: por las ches era la cantante y bailarina de tea-o de varieté y en las madrugadas la nante de un noble. Durante el día dorá y después ensayaba para la función. lo algunas veces iba al Café Pelayo, ompañada por Sergio Montiel. Creo e yo no quería confesar que deseaba enntrar a Gaudí. No había podido olvidar brillo de sus ojos, su mirada que parecía snudarme. Hoy puedo pensar en eso sin mor y sin culpa, pero entonces (no ha cumplido veinte años todavía) esa sola ea me atormentaba, porque deseaba ser l a mi amante. Juro que era así, aunque y nadie lo crea, sobre todo esos tontos e han escrito historias de la Bella Otero. adie diga que miento. Guardo aún en cofre las cartas que me escribió el quelo Eusebi, junto a los dibujos de Gaudí. icen que esos dibujos valen una fortuna, ro no pienso venderlos. Ambos me celan sin razón, ambos creyeron que les pernecía. No sospecharon que nadie pertece a nadie y que, lo mismo que el mar, a es distinta cada vez, en cada ola de seo. Pero no hablo más. ¿A quién le imrta lo que yo sentía en ese tiempo? Esa deslumbrada por la delicadeza, por s modales del conde Eusebi Güell. Lo de Gaudí es otro asunto: tiene que ver con los extravíos de la inteligencia.

Fue el conde quien me pidió que lo acompañara a la casa de Gaudí. Como de costumbre, su amigo estaba recostado en la cama, vestido y con los zapatos puestos. Cuando el conde nos presentó, Gaudí fingió no conocerme. Es posible que esa pequeña complicidad iniciara lo que después el conde Güell llamó nuestra traición. Como todo hombre, podía sufrir más con la deslealtad de un amigo que con la infidelidad de una mujer. Es algo que he comprobado en mi larga vida. Tal vez por eso los hombres parecen tan frágiles y conmovedores. Siempre tienen que estar haciendo algo para convencerse de que están en el mundo. Por aquel tiempo Gaudí soñaba con construir su catedral. Gaudí quería hacerla en homenaje a la Sagrada Familia, pero sin fondos de la Iglesia. "Con la ayuda de Dios me basta", decía omnipotente. "De Dios y de Matamala", agregaba riéndose. Llorenc Matamala, en ese entonces de veintinueve años, sería el encargado de las esculturas del templo. Gaudí se lo decía al conde, hablando con él como si yo no existiera. Pero no me engañaba. Ese es un ardid de los intelectuales. Ellos hablan como si lo único que les importara fueran sólo las ideas, pero en realidad están pensando en llevarse a la cama a quien escucha. Los conozco; los he frecuentado durante años. Esa noche, los tres fuimos a comer a un restaurante y ambos se mostraron encantadores. Esa noche Gaudí abandonó su estudiada pobreza y se portó como un dandi. Vestía un gabán corto, de color beige, botas altas, un corbatín de seda. En medio de la charla y de los vinos, deslizó, al pasar, una inquietante invitación: que yo posara para algunas esculturas que se emplazarían en la catedral que pensaba construir.

UNA GRACIA DE CARITAT PER L'AMOR DE DEU...

Todavía me parece oír la voz de la mendiga al pasar por la iglesia, rumbo a la casa de Gaudí. Yo me sentía orgullosa por servir de modelo para algunas esculturas de la catedral de la Sagrada Familia. Si bien las esculturas las haría el joven Matamala, los dibujos iniciales, los bocetos, corrían por cuenta de Gaudí. Me lo explicó, como distraído. Yo debía posar y obedecer y quedarme quieta. "Lo contrario de lo que haces por las noches", me dijo. Intuí cierta burla, pero preferí pasarla por alto. Muchas veces los hombres actúan así, con torpeza, para ocultar su turbación. Y yo sabía que lo perturbaba. Lo vi dibujar las torrescampanarias de la catedral, los símbolos del ángel, del toro, del león y del águila. Se volvió hacia mí y puso un manto sobre mi cabeza y yo no supe si dibujaba a María Magdalena o a la Virgen María, pero sentí una emoción muy grande y recordé a Celestino, buscándome, tembloroso, en el confesionario. Ahora Gaudí dibujaba la Capilla de la Penitencia y los cuatro obeliscos que representaban los puntos cardinales, a los que imaginé –¡Dios me perdone!– como falos gigantescos. Me reí tontamente. Era una niña aún.



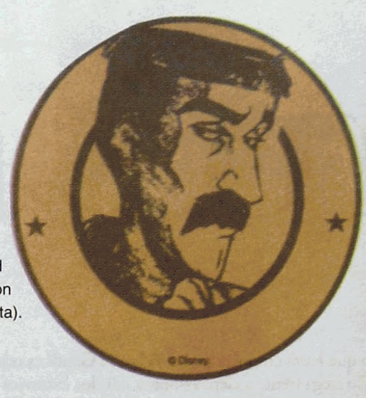
"DICEN QUE SOY UNA ALHAJA, DICEN QUE SOY UNA JOYA..."

No recuerdo en qué momento el abstinente dejó su penitencia. Yo iba a su estudio y posaba durante horas, pero no podía quedarme quieta como las modelos profesionales y me movía apenas cubierta con una manta, sabiendo que Gaudí estaba mirándome. "Buscona –me dije–, soy una buscona." Yo no sé si Gaudí deseaba vivir como un anacoreta o si exigía al máximo su castidad, sólo para sentir voluptuosamente su derrota. Porque de pronto (no puedo precisar el día, la hora en que ocurrió) él me quitó la manta y comenzó a besar mis piernas y a besarme por dentro. Yo ardía y buscaba saciar su sed, alimentada durante meses. Como en la tienda de don Sebastián, yo estaba rodeada de figuras sagradas, de ángeles y santos. Igual que allí, creía renacer en la selva húmeda del paraíso terrenal. Pude creer que Gaudí modelaba mi cuerpo, que me sentía como la materia palpitante que deseaba apresar en la arquitectura. Pero a la vez, sentí que él era un esclavo del deseo que yo le despertaba y que luchaba conmigo en la oscuridad del estudio como quien lucha con su propio demonio.



escultura bajo tierra

Hasta el 31 de julio, en la estación José Hernández, de la línea D de subtes, se exponen esculturas de Betina Sor. La muestra se realiza en el marco del ciclo "8 Escultores 8 en el subte".



alegría en cajitas

Durante todas las vacaciones de invierno, la cajita feliz de McDonald's vendrá con juguetes coleccionables inspirados en la última película de la Disney, *Atlantis, el imperio perdido.* También habrá vinchas con dibujitos del film y la posibilidad de probar el nuevo sandwich de la cadena (uno con pollo y panceta).

balletin dance

pies ligeros

Está en la calle el número de julio de *Bulletin dance*, la revista de distribución gratuita dedicada exclusivamente a la danza. En esta edición, ofrece notas sobre el VI Festival Internacional de Videodanza de Buenos Aires, María Fux, danza butoh, flamenco y, como siempre, un panorama internacional.



los pianistas

Tal el nombre de la nueva obra escrita y dirigida por Eva Halac, una artista especializada en el teatro de objetos. "Es una situación en la cual unos hombres viven una existencia de mascotas encerrados en una pecera, en una casa de familia", presenta Halac, "los integrantes de la familia llaman a la gente de la pecera 'carnecitos'. Los carnecitos son gente, quizá pianistas. Viven allí hace mucho tiempo. Se desconoce la causa que los llevó a encontrarse en esa situación". La obra se presenta en el Teatro Sarmiento (Av. Sarmiento 2715).

filosofía y arte

Todos los martes de agosto y los dos primeros de setiembre, de 19 a 20 hs., arquitectos y filósofos llevarán adelante "Algunas claves filosóficas para entender el arte actual", una serie de charlas gratuitas en el Museo Nacional de Bellas Artes (Av. del Libertador 1473). Algunos de los temas a tratar serán "La violencia oculta de las imágenes y su violencia simbólica", "El cuerpo y la 'geometría' de las emociones", "El poder, la biopolítica y la domesticación del cuerpo por la tecnología", y "La vida como relato".

envejecimiento



Durante todo julio y agosto, laboratorios Vichy lleva adelante una campaña pública de información sobre envejecimiento cutáneo hormonal, un proceso paralelo a los cambios orgánicos que sobrevienen con la menopausia. En las farmacias que comercializan los productos Vichy, pueden retirarse guías informativas de manera gratuita. También se encuentra habilitado un teléfono gratuito para hacer consultas a dermatólogos (0-800-222-84249).

fileteando

El lunes 30, a las 17.30 hs, el artista Alfredo Genovese comenzará a dictar un curso de fileteado porteño en la pinturería Rex de Corrientes 3770. Las clases (cuyo costo es de 30$, con materiales incluidos) se extendrán durante un mes. Para informes, hay que llamar al 4581-0798.

otras lenguas

Tres escritoras (Clara Obligado, Ana Sebastián y Cristina Siscar) compartiendo con el público la experiencia de haber tematizado, desde sus textos, la experiencia de vivir en mundos de lenguaje diferentes. Esa es la propuesta que la asociación de escritoras Sudestada organiza para el miércoles 25, a las 19.30 hs., en Liberarte. La coordinación es de Lea Fletcher.



mascar

De la mano de la misma empresa que importa Pommery y Twinnings, llegan a la Argentina los clásicos chicles norteamericanos Wrigley's. La marca, fundada a fines del siglo XIX, se comercializa en más de cien países y posee 13 plantas distribuidas entre América, Europa, Asia y Oceanía.

Dibujitos atléticos

Durante julio, la señal Cartoon Network es la sede oficial de la Copa Toon, el torneo de fútbol en el que participan todas las estrellas de las series animadas. Se pueden seguir las alternativas de la tercera edición de la competencia a través de la página web (CartoonNetworkLA.com), o ver la gran final en vivo y en directo el 28 a las 18 hs. (se repite el domingo 29 a las 13.30), poco después de que El Fantasma del Espacio entreviste a Pelé. Además, del 21 al 29 (entre las 13 y las 20 hs.), en el Predio Retiro, los chicos podrán participar de juegos como el Metegol Humano de Dexter y Dee Dee, o ejecutar penales caracterizados como Dexter.



HUMOR


TAMPINCUAS

La princesa en serio

POR SANDRA CHAHER

Gabriela Acher se ha dado el lujo de hacer humor de género en el teatro, la televisión y la literatura. Pero no tanta risa: cuando desmitifica la menopausia, el sexo y el mandato de tener hijos, la cosa se pone seria. No en vano piensa que el hombre nuevo va a ser parido por una mujer nueva.

Yo fui descubriendo que la televisión se dirige al promedio y los libros y el teatro a la persona. Pero no tenía esto claro. Empecé a hacer las *Memorias de una princesa judía* empujada violentamente por mi amiga Mercedes Morán que estaba convencida de que tenía que hacer un unipersonal (risas). Y fui descubriendo un mundo ahí. Empezó siendo un mundo pequeño, que era donde me sentía más segura estando tan temerosa en algo nuevo, donde estaba tan expuesta. Pero se fue agrandando muchísimo." Este descubrimiento del camino propio, hecho a pulso, abonado durante la última década, es la historia que explica por qué Gabriela Acher, después de haber sido en el '91 la Doctora Diú que "en leather", como dice ella, daba consejos desde la tele, haciendo vanguardia en el humor de género televisivo, dejó la masividad mediática para ocupar teatros chicos y café concerts.Primero fue el libro *La guerra de los sexos está por acabar... con todos*, del que salió *Memorias...*. Después, un segundo texto, *El amor en los tiempos del colesterol*, en el que se basa el espectáculo homónimo que está presentando en La Casona del Teatro de Beatriz Iturbey. Y mientras tanto... escribe un nuevo libro con título tentativo *Si no me enamoro, me aburro*, "que no es un sentimiento mío en este momento pero lo fue mucho tiempo de la vida. Yo veo que el color a la vida de las mujeres no lo traen los logros de ninguna naturaleza si no estás encendida por el amor. Y no sabés con qué alegría vivo no sentirme más así. Es la más liberada de todas las liberaciones. Que la vida tenga color y sentido aunque no estés enamorada es un logro muy arduo para las mujeres."

Gabriela Acher sigue parada en su espacio de hacer humor de género desde el teatro, y ahora también desde la literatura. "Yo empecé a trabajar a los 18 años en televisión. Pasé la mitad de mi vida durmiendo en los sillones de los estudios, grabando 14 horas por día, estando hasta las cinco de la mañana, horas y horas de mi existencia ahí adentro. Y siento que en esta etapa, en la cual la creatividad para mí es tan importante, necesito un tiempo de trabajo que se adecue a mi biorritmo. Porque la creatividad necesita tiempo. Necesita tu parte femenina para imaginar y tu parte masculina para realizar lo imaginado. Necesita vida, tenés que vivir, tener sentimientos, compartir, tener un material sobre el cual escribir que sea auténtico y reconocible para los otros. Desde que estoy en este camino propio, en términos de humanidad ni te explico cómo agrandé con respecto a cuando estaba en televisión, y en términos de dinero... creo que también."

Memorias..., que se estrenó hace siete años en el Café Merlín de Belgrano, todavía sigue siendo comprado por instituciones, municipios, un público totalmente lejano al que antes transitaba la actriz. Esas personas diferentes, lejos de hacerla sentir fuera de los circuitos más transitados, la atraen. "No pienso qué tipo de público me va a ir a ver, y siempre son muy lindas experiencias, muy cercanas, es como una meditación compartida (risas). Es una vía de gratificación muy importante para el actor, sobre todo cuando estás hablando de lo que creés y lo que sos. Entonces, cuando me convocan, voy, porque como dice la princesa judía 'me gusta conocer gente'(risas)." Este eco de los espectadores es tangible. En las funciones de *El amor...*, llenas de mujeres, pero también con hombres solos o acompañados, muchos de los textos que Acher trasladó directamente del libro son rematados por el público a la par de la actriz. El libro lleva dos años en las librerías y va por su undécima edición. Uno de sus orgullos es cuando al final de la función se acerca algún hombre y le dice "Gracias por lo que me enseñaste". "Algunos tipos leen el libro, y te cuento por qué, porque las mujeres lo leen en la cama y se matan de la risa, entonces ellos empiezan a querer saber qué pasa y terminan leyéndolo, a través de las mujeres. Bueno, como digo yo, el hombre nuevo va a ser parido por una nueva mujer. Los que van solos, y ésta es una noticia para que las chicas tomen nota, creo que lo hacen porque saben que van a aprender alguna cosa sobre la mujer. Porque en el espectáculo se dicen secretos de las mujeres. Cosas que las mujeres no nos atrevemos a decirle al hombre que tenemos al lado. ¿Vamos a hablar con él del orgasmo fingido? ¿O de la menopausia? Un varón sabe eso que se dice en el espectáculo, pero es una cosa de la que no se habla. Pero como es a través del humor es muy fácil que lo comprendan. No es tratar de convencerlos, sino mostrarles cómo es vivir en un cuerpo de mujer."

La puesta de *El amor*...es kitsch, saturada, "almodovariana" prefiere definirla Acher. Corazones rojos inflados en el suelo, colgando en guirnalda. Papeles y objetos de colores sobre un escritorio, y una pantalla en la que cada tanto hace su reporte Conchita Contento, la corresponsal del Canal de la Mujer... Insatisfecha, calzada con sus gafas de bananas, un personaje que Acher rescató del arcón creativo. "Yo armé una estructura de un programa de televisión con un consultorio sentimental, que me daba la posibilidad de hablar de distintos casos de mujeres y tocar una temática más amplia. Entonces no lo hice todo en primera persona. También cambié los textos, hay mucho texto nuevo con respecto al libro. Y cuando decidí ponerla en un teatro pensé que la temática era muy fuerte. Entonces mi intención fue edulcorarla desde la puesta, con los violetas y rojos que me encantan. Me gustó así, con el tiempo me dirán si funcionó."

Como todo humorista, Acher puede reírse de lo que ya transitó, entre su vivencia y el texto tiene que existir ese trecho que hace posible la comedia. Entonces, si bien dice "no creas que la menopausia se pasa tan rápido, cariño", ya la pedaleó lo suficiente como para experimentar sentimientos post. "Yo siento que a mí me liberó de mucho peso, no del todo, pero tengo cosas para agradecerle. Y me dio una nueva libertad, me sacó pelos de la lengua, tenía muchos más de lo que yo quisiera. Tengo restricciones que me gustaría no tener, incluso para hacer humor. Creo que mi humor de hoy es más libre que el de hace 10 años. Yo estaba muy comprimida antes, con mucha más necesidad de gustar. Yo digo que la etapa fértil en la vida de las mujeres es tremenda, es lo más desestabilizante. Como digo en el espectáculo 'a las mujeres de 40 que todavía no tuvieron hijos les empieza a salir espuma por la boca'(risas). Mujeres como Madonna, que tienen éxito, dinero y artistas internacionales y qué sé yo, igual los 40 les muerden el talón y el hijo lo tienen que tener aunque sea entre una gira y otra. Las hormonas te ocupan un espacio que ahora queda libre, te liberás de esa urgencia que no sólo toma la forma de tener un hijo sino un ansia, de la cópula y de la continuidad de la especie. Una mezcla de lo biológico y lo cultural. Y hay una liberación de la obsesión sexual. Liberarte de la obsesión del sexo y de la procreación te relaja más que ninguna otra cosa que yo haya conocido. Pero además te libera sexualmente. Empieza una nueva energía creativa inimaginable." Así sea •





ANA MARIA CON PONCHO PAMPA Y VINCHA DE PLATA.

volviendo para **avanzar**

POR MARÍA MORENO

En el sur, adonde los descendientes de los indios ranqueles empiezan a hacer valer sus derechos, reclamando el cadáver de sus antepasados y parte de la tierra expropiada por el blanco, Ana María Domínguez es la única mujer que forma parte del Consejo de lonkos (jefes). Descendiente del cacique Mariano Rosas, forma parte de un movimiento que empieza a reconstruir su identidad para hacerse visible en la lucha política.

Poco antes del amanecer del 24 de junio, Ana María Domínguez esperaba el comienzo del *nguillatún*, una de las ceremonias del año nuevo indígena en un espacio de alegría infrecuente. Los restos del cacique Mariano Rosas estaban otra vez entre los suyos, al borde de la laguna de Leuvucó que hiciera famosa el general Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*. El INAI, bajo el reclamo de las comunidades de diversos sectores del país, había facilitado la restitución y las gestiones para que el cráneo del cacique ranquel –uno de los 300 pertenecientes a la colección de Estanislao Zeballos– que estaba en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata tuviera su enterratorio en la tierra expropiada a su pueblo. Las dos hectáreas que rodean el enterratorio de madera de caldén fueron donadas por un terrateniente de la zona. Ana María Domínguez desciende de Calvaiu, hermano de Mariano Rosas, que murió trágicamente manipulando material de guerra. Es una mujer hermosa que luce poncho pampa y adornos de plata aunque la bandeja que utilice para iniciar el ritual –ofrecer a la tierra yerba y azúcar para permitir su regeneración anual– sea un simple envase de rotisería. El nombre original de Mariano Rosas era Paguithruz Güor hasta que fue raptado en su infancia y llevado a la estancia de Juan Manuel de Rosas, quien lo formó en las tareas del campo, pero con ciertos privilegios de señorito. Pero Paguithruz Güor se volvió a la toldería, fue cacique y siguió haciendo honor a su linaje que era el de los zorros. Vencido junto con su pueblo en la Campaña del Desierto, murió de muerte natural y reposó en su tierra hasta que las tropas de Eduardo Racedo profanaron la tumba para extraer como trofeo su cráneo que primero integró la colección "científica" de Zeballos y luego la del Museo de La Plata, bajo la noción de "patrimonio cultural".

–Nosotros lo llamamos Paguithruz Güor. Mi ascendencia viene por su hermano Calvaiu; mi bisabuela era Juana Rosas. Desde la niñez supe cuáles eran mis raíces porque tuve la suerte de que conocí a la abuela. Después, cuando uno toma conciencia de las cosas que van sucediendo, va profundizando más, quiere indagar. Mi bisabuela no hablaba el castellano. Ella fue la que le transmitió el idioma a mi abuela. Mi abuela, una vez que se casó, dejó de hablar.

–¿Cómo empezaron los primeros grupos de la búsqueda de la identidad?

–En el año '92 fui a Victorica, acá cerca del paraje Leuvucó, en busca de mi familia, porque mi familia, después de la invasión que sufrió el pueblo ranquelino, se dispersó mucho. Sabía que se venían preparando para rescatar nuestros derechos. Había una organización en Victorica y ahí me dirigí. Uno de los organizadores es un tío mío que se llama Adolfo Rosas que vive en la colonia Emilio Mitre y que empezó a participar después de que fue visitado por Rogelio Vanú, cuando recién se estaba formando la Agrupación Indígena de la República Argentina. El fue el primero que empezó a trabajar y a luchar por nuestros derechos. Entonces empezó un gran movimiento en la familia. Después siguieron otros hermanos, entre otros Germán Canuhé. Ahora somos muchos los que nos estamos uniendo con 22 comunidades.

–¿Cuáles fueron los momentos claves para hacer los reclamos?

–El artículo 75, inciso 17 como constitucional que certifica la presencia de grupos preexistentes en la tierra argentina y que nos abre la posibilidad de reclamar. Después teníamos la otra ley, la 23.302 que también contempla los derechos indígenas. Nosotros sugerimos modificaciones para adecuarla al artículo 75. Existen además leyes internacionales como el convenio 169 de la OIT.

–¿Están ligados a movimientos internacionales?

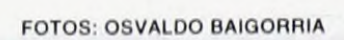
–Nuestro reclamo lo hacemos a nuestro modo. Tratamos de concientizar a los jóvenes y vamos sumando propuestas de trabajo. Entre todos seguimos adelante. Realmente no tenemos presencia los ranculches en los foros internacionales. No hemos podido participar. Nos interesa, por supuesto, como supongo que a las otras comunidades les interesará la problemática y las soluciones como se vienen dando en la Argentina.

–¿Qué significó exactamente la restitución?

–Sentíamos que Paguithruz estaba vivo, era un sentimiento sin palabras porque también teníamos un profundo dolor porque fue algo muy postergado y porque a veces las cosas no se hacen en el tiempo en que se deberían hacer. Los pueblos se sienten excluidos de la voluntad política; ésa es la discriminación fundamental. Porque es cierto que uno se siente discriminado en la vida cotidiana, pero también hay discriminación cuando se hacen leyes que no contemplan nuestros derechos, cuando las autoridades se hacen los desentendidos. Ahora hemos vuelto a creer que todo es posible y se vuelve a vivir momentos como éstos donde toda la sociedad, de diferentes credos, de diferentes líneas políticas nos acompaña.

–Es la única mujer del consejo de lonkos.

–Yo tomé mucha fortaleza y llegué a encabezar la representatividad del pueblo ranculche. Algunas nos hemos fortalecido y hemos aprendido a luchar a la par del hombre o a ponernos al mismo nivel. Y


FOTOS: OSVALDO BAIGORRIA



otras hermanas siguen sumisas y han silenciado sus labios y no quieren participar porque creen no saber expresarse, entonces dicen: "No me van a entender, no sé hablar, qué voy a hacer". Algunas de nosotras hemos tenido esa suerte de tener una preparación un poquito más completa, pero esto no es por la preparación escolar, es por la educación de la vida, por la educación familiar que es la que ayuda a fortalecernos para iniciar la lucha.

–¿Qué cuentos hay sobre Paguithruz en la familia?

–Mi bisabuela contaba de cuando ella era chica y de las batallas entre las vizcacheras o de las lagunas que sabían hablar como lagunas de las nutrias. Recuerdo cómo contaba su vuelta de Bragado adonde se había tenido que ir cuando se corrió la frontera y cómo regresó con el Baigorrita cuando lo liberaron de Martín García. Desde chiquita yo era curiosa y siempre le preguntaba a la abuela cosas que a mí me llamaban la atención, cómo hablaban de los animales, cómo preparaban comida, con esos elementos que ya no se pueden conseguir cuando se sale del ámbito. Hubo recuerdos que fueron despertando mi curiosidad; mi abuela Juana decía que los abuelos eran paisanos e indios, caciques de la tolderías de acá. Recuerdos de Mariano no tenemos, porque ellas eran chiquitas y no llegaron a conocerlo. Ellos se decían los antiguos, el abuelo, el bisabuelo, contaba papá. Incluso no sabían realmente quiénes eran los caciques hasta que empezamos a reconstruir la genealogía. Cuando llegué a Victorica me llamó la atención cómo se estaban encontrando documentos. Entonces fui a consultar un historiador, José Carlos Depetris. Le llevé los datos de mi abuela y él dijo: ¡Ah sí, Juana Rosas que vino de Bragado con Luis Baigorrita y Marcelino Baigorrita, sí es una hija de Calvaiu. Ese realmente sería el apellido, porque la abuela lleva el apellido Rosas y me dijo que pertenecía al linaje de los Güor, de los zorros y a partir de ahí empecé a buscar toda la genealogía y hasta mamá supo quién había sido su abuela, que antes no se acordaba.


BAILANDO LA DANZA DEL ÑANDU.

ESPACIOS SIMBÓLICOS

Alrededor del fuego, la madera de piquillín se quemaba haciendo arder los ojos. El paisano Mario Marotti, nieto de Ignasia Cayupán y hombre de los pagos de Ralicó, se acordaba de un abuelo que recorría la pampa a carro atado con mulas y desde cuyo pescante cambiaba yerba por cueros y plumas.

Carlos Curruqueo se enojaba porque, cuando la cabeza del cacique había entrado en el enterratorio de caldén, reforzado con blíndex, la multitud había aplaudido.

–Cuando llega un grande, hay que hacer silencio. No se debe aplaudir porque no somos un espectáculo. Si hoy me puse la vincha es porque representa a los conas (guerreros) y para hacer la guardia nocturna hasta que salga el sol. Hay quienes se visten con el águila o lentejuelas, pero eso es un disfraz para los que miran.

Curruqueo usaba uno de esos ponchitos ocres teñidos con jarrilla y vincha de guarda pampa. Otro paisano se reía de la fantasía de Mansilla de comer una huevos de tortilla de huevos de avestruz por esos lugares.

–Si cada yema equivale a doce de gallina, imagínese el ataque al hígado.

El único fogón adonde estaba prohibido conversar era el que cuidaba el rewe, el palo sagrado. Ana María se desplazaba organizando a su gente con las manos guardadas bajo el poncho, persuadiendo a los winkas de que no intentaran acercarse a la ronda ritual de hombres y mujeres a la hora del nguillatún. Pero, sentada en la rueda de un tractor, seguía hablando.

–Lo que bailé en el acto con las autoridades es el choique purrún (baile del ñandú). Mayormente se baila por grupos, porque el choique nunca anda solo. Es una danza donde se sacude mucho la cabeza y después el cuerpo.

–¿Cómo se interesó en danzas criollas?

–Me llamaba la atención el malambo sereno, porque lo siento más de la tierra y tiene más relación. Nace en una zona aborigen y después va tomando características propias del hombre que viene a habitar acá que le va dando otras formas, pero las percusiones rítmicas son de nuestras danzas. También escucho canciones de Hugo Giménez Agüero, Rubén Patagonia, Beatriz Pichi Malén, Aimé Payné y música moderna. Desde que nací he convivido con otras culturas diferentes, pero a medida que fui creciendo fui buscando mi raíz y ahora es como que estoy retornando. Tengo seis hijos y cinco nietos.

–¿Trabajan en estos movimientos?

–Siempre están ahí, para hacer una nota, para pegar un afiche, a lo mejor van a un programa de televisión así tengan que ir solamente a leer el artículo 75. Me han acompañado a muchos eventos. Hoy están acá dos de mis hijos y mi mamá.

–¿Cuáles son los puntos de lucha en estos momentos?

–Ahora el objetivo es obtener la personería jurídica. Estamos organizando las comunidades para que la logren. Han venido del Instituto de Asuntos Indígenas a ofrecer sus talleres para que muchas puedan hacer la personería porque no saben. Otras comunidades están distantes y no podés andar por todos lados, así que hemos solicitado que vengan a ayudar. Con la personería jurídica se puede ejercer derecho a muchas cosas, a muchos planes, a muchos proyectos. Hemos dialogado con las autoridades provinciales organizando el retorno de los restos y con las autoridades nacionales hemos cruzado algunas palabras. Ellos han compartido la alegría que hemos tenido nosotros, en el acto oficial, nada más.

El dios de Ana María es múltiple como lo era Paguithruz Güor. Por eso ella lo invoca sin dogmas y sin nostalgia.

–Cuando era chica, los chicos compañeros de mi escuela iban a catecismo. Yo no hice la primera comunión como hacían los otros. Había que ponerse vestidito blanco, zapatitos blancos y realmente mi mamá no podía comprarme todas esas cosas. Así que yo abandoné.

–¿Creías en Dios?

–¿Creer? A uno, cuando es chico, lo llevan a la iglesia y es lindo, pero hasta ser grande no sabe realmente qué es creer, hasta que van despertándose dentro de muchas cosas, sentimientos que se van fortaleciendo. Pero creo que hay algo verdadero, un ser supremo, todo lo bueno nos llega de él.

–¿Usted se identifica con estas ceremonias?

–Yo me identifico y estoy ahí como verdaderamente retornando a mi pueblo. No me siento en este tiempo, es como si yo viniera del pasado; mi sangre es antigua y formo parte de un pueblo que tiene una cultura original. Nosotros, por viajeros, hemos recorrido mucho este territorio, esta nación mamulche, pueblo ranculche. Hay documentos verdaderamente valorables donde el ranquel se denomina ranquilino y está en el lugar desde tiempos inmemoriales. Los tratados de paz prueban que el pueblo ranquelino era una cosa y el pueblo mapuche otra; *mapuche* es un término bastante contemporáneo. Ranquelinos de acá para allá no hubo, pero vino gente del otro lado de la cordillera como Calfucurá. Por eso nosotros somos pueblos *preexistentes*. De ahí vengo, ahí pertenezco y ahí estoy retornando.

bien del sur

POR SOLEDAD VALLEJOS

Nació como Liliana Pane, pero se puso como seudónimo Lina Avellaneda. Canta con una voz sin énfasis que la diferencia de otras cantantes y cree que todavía es tiempo de componer. A pesar de que no ha parado de viajar, está tan aferrada a sus raíces que, cada vez que vuelve al sur, el olor del cinturón ecológico le parece lavanda.

Apenas se abre su página de Internet, se lee "La vida sólo puede comprenderse mirando hacia atrás, pero hay que vivirla mirando hacia adelante". Definitivamente, una no espera ir a un sitio de tango y encontrarse, en lugar del clásico bandoneón, con una frase de Kierkegaard. "Es que a mí me parece que es así. Me parece que si no tenés una buena hojeada a tu pasado, un buen sostén desde abajo, aunque eso haya sido terrible, bueno, me parece que si no agarrás eso y lo mirás y lo desarmás, no podés volar. Pero tenés que volar." Lina Avellaneda mira un segundo por la ventana, sonríe, espera la próxima pregunta. ¿Y eso, con el tango, es muy difícil?, escucha. "Eso con el tango es un desafío. Hay que tener unos huevos... unos ovarios, perdón." Una voz de presencia fuerte, la de esta mujer, aunque hable bajito y sin ninguno de esos tics tan fáciles de encontrar en otras cantantes argentinas. Y la voz habla, cuenta de una infancia en una casa chorizo, de una adolescencia de pueblo en pueblo, y de una actualidad feliz, plenamente feliz. Todo con, por, para, el tango, por supuesto.

Si llevar por nombre un seudónimo es buscar otro destino, o crearse uno a la medida, bueno, algo de eso debe haber en esta mujer que habla como Lina Avellaneda, pero nació como Liliana Pane. "Los Pane", dice con un tic que repetirá en toda la charla (el constante plural), "somos todos músicos, así que con eso no te digo mucho. Porque también uno puede decir, no sé, 'yo tengo rulos'". Insiste en que su vida no se diferencia de otras, a excepción de que ella vive (por, para) cantando su obra. Que, para el caso, viene a ser su historia, la de una familia que comenzó cuando los abuelos bajaron del barco ("pudieron traerse las verduleras para tocar") y empezaron a domar un lote en un terreno que, de tan cercano al arroyo Sarandí, era puro pantano.

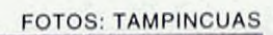
"Había que llenarlo. ¿Viste el camión de verduras? Bueno, lo rellenaban con eso, todo lo que tiraban, lo tiraban en el terreno, y sobre eso se construyó la casa. Así fueron rellenándolo, con la ayuda solidaria de los vecinos, mientras iban gestionando el agua, después vino la sociedad de fomento, la luz. Mirá, el asfalto vino años después de que yo me fui, así que imaginate lo que se ha trabajado en ese barrio."

Lina habla del sur, de un Wilde que añora, pero sin dolores ni resentimientos. De tanto en tanto, cuenta, se da un paseíto por ahí, que a fin de cuentas tampoco es tan lejos de donde vive ahora. Y entonces ve el colegio primario, el secundario, la esquina donde está esa famosa casa familiar, que ahora es de otros.

"Yo nací en una casa chorizo, donde los hijos iban casándose y viviendo en cada habitación. Yo vivía en la primera habitación con mi hermana, mamá y papá. En la otra, vivía mi tío, el hermano de mamá, con su señora. En la otra, la otra hermana con el marido y su hijo (mi primo), y así sucesivamente. Eran cinco. Del otro lado, a la izquierda, las cocinas; arriba, los gallineros, perros, etc.; adelante, la parra. ¿Qué te quiero contar con esto? Que yo era chiquita, y en casa todo el tiempo se escuchaba hablar de tangos, competían, no, tal no sirve, es para bailar, que D'Arienzo, que Pugliese... En esa época, había mucha competencia entreellos, entre los autores, unos tiraban un tango y la otra dupla ya estaba viendo qué hacer. Eso desde lo musical. Por otro lado, desde lo letrístico, está el lado retrógrado, claro, pero también Gardel hizo mucho por representar la música de la mayoría, del pueblo. Hizo mucha canción de protesta –entre comillas–, mucha canción de pobre, de lo que pasaba. Fue muy mayoritario Gardel. Sin embargo, los viejos gardelianos retrógrados, que no aceptaron en su momento a Piazzolla, que lo aceptaron después de muerto y a regañadientes, o que no aceptaron a Rivero porque cantaba grave, se quedaron con la imagen chauvinista, el macho, el langa, el dandy. No se quedaron con el Gardel del puerto, el tipo que se subía por ahí a cantar con su guitarra. Entonces, mirá, el tango tiene eso de lo social, de lo armónico musicalmente. Y tiene también el hecho de haber nacido en una ciudad, en un puerto terrible... Y por eso creo que el tango te permite ver hacia atrás y construir a partir de eso."

En ese "atrás" que convoca, reivindica y esgrime como única posibilidad, en ese "atrás" personal, hay, por ejemplo, una abuela que tenía "una cara digna de ver", que "no pudo hacerse la América, pero sí criar a sus hijos, tener su casa chorizo, hacer churros y amasar", unas cuantas publicaciones y premios de poesía. Porque a Lina le gusta, especialmente, escribir sus propias letras, más allá de interpretar (maravillosamente, hay que decirlo) también las ajenas. "Escribo y voy a seguir escribiendo a pesar de lo que diga...", empieza, dice un nombre, supongamos X, y se arrepiente al segundo.

"No, mejor no... aunque digan, así no ponemos el nombre de una colega, que no se puede seguir escribiendo. Yo creo que no es así, porque entonces, después de Bach, ¿qué? Si no, va a quedar un agujero, un hueco así, y van a decir: '¿Qué pasaba? ¿No había artistas, no había escritores, no había cantantes?'. Yo lucho mucho contra eso porque, si no, no va a quedar constancia de este momento que estamos viviendo. Así como mataron a 30 mil personas en su momento, entre ellos jóvenes muy brillantes que podrían haber hecho mucho, ahora están matando de otra manera. Y nada más lejos de hacerlo comparándose


FOTOS: TAMPINCUAS

con nadie, ¿a quién se le ocurriría decir o tener en mente a alguien para ponerse a escribir un tango? Uno lo hace por una enorme necesidad de dejar en un papel o una música lo que sentís, lo que querés, lo que te preocupa, lo que te duele."

Veamos. "Después de las mentiras, envidias caídas, van a ser las caricias pequeñas, perdidas. Después de los inviernos, infiernos, hirviendo, van a estar los recuerdos cansados y lerdos, y se irán los cantores hasta el cielo del mundo, hasta el cielo profundo, urgente a cantar, a cantar con la sangre, con la frente caliente, lo que siente la gente. Después de las noticias terribles, malditas, van a ser las sonrisas cansadas" (Después). Otra: "En Palermo la llaman Insolación, porque te deja rojo como un tomate. Se pasea entre luces de neón que le tiñen la piel de chocolate. Los jueves a la noche sube a un coche que espera en esa esquina cual un reloj. Hay quien dice que el quía, sin reproche, la va de novio tierno y encantador. Otros, más informados, que lo conocen, dicen que es funcionario de un ministerio, y que la piel tostada de insolación en realidad esconde muchos misterios. Ella no es ella y él no es tan tierno, los jueves a la noche por Palermo". Perdida entre otros temas más, digamos, ortodoxos, la letra de "Insolación" –uno de los tangos de *Tango Lina*, el disco que está presentando en estos días– habla de una escritora que también puede jugar con eso que pretende documentar. De acuerdo, es probable que los vecinos sensibles de Villa Hollywood no vean algo simpático en esto, pero a fin de cuentas hablamos de una mujer de la zona sur, a la que, además, le encanta trabajar con las percepciones.

"Es que manejo eso a diario. Soy docente, y una maestra de canto que no es perceptiva, no sirve. No hay nada más lejos de un maestro de canto que alguien que no tenga un alto grado de curiosidad por lo que trae el alumno, para abrirlo al canto. El canto es un momento tan explosivo, y tan de explosión, o de movilización... sos feliz cuando lográs meterte en eso. Y de eso se trata también mi espectáculo, hay una cosa de compartir con la gente, de mostrar que estamos acá haciendo algo más. Estamos resistiendo, pero con buenas cosas, nos juntamos y construimos. En el show, hay un momento en el que yo tiro flores y la gente pide deseos, y eso es disparador de un montón de cosas. No se puede pedir plata ni empleo, eso está prohibido porque ya nos aburrimos, sino, no sé, hacer algo desconocido. Y la gente empieza a pedir cosas chiquitas, que supone que son tontas o vacías de contenido, y después se empieza a dar cuenta de que no. El otro día ligó el ramo una pareja, y se lo dieron a otra, porque con las cosas que pidieron se notaba que lo estaban pasando *taaan* mal. Mirá lo que son las ganas de participar, de tener la manija un momento. Perdoname si parece que no me importa, pero me río de las cosas porque es mi modo de supervivencia, me pasa todo el día. Trato de desdramatizarlo, pero me cuesta este país."

Al momento de la entrevista, los anuncios oficiales no habían sido tantos, pero se suponía, se olía, se sentía. Al momento de la entrevista, como ahora, las colas para conseguir visas frente a los consulados no eran despreciables. Y Lina no puede evitar hacer un recuento, el de "los afectos" que se fueron, se están yendo. Colombia, Italia, los destinos son varios, pero todos inciertos, y eso, explica con impotencia, le duele.

"Ayyy... lo peor es que no sé cómo les va a ir. ¿Viste esa gente del alma? Yo tengo en total seis, se fueron cuatro..." Y ella, ¿no piensa en irse con el tango a otra parte?

"No podría. Cuando me fui de viaje, cada vez que volví, en cuanto me voy para la zona sur, que huelo el cinturón ecológico, digo: 'Aaahhh'. Es la fuerza de pertenecer, el arraigo. Más allá de las amistades, los afectos, la familia. De algún lugar soy."

Damas *no tan misteriosas*

"¿Y qué hay que hacer, señor, para perderla a gusto?", pregunta Elena, la enamorada sin esperanzas al falluto Parolles, en el primer acto de *Todo está bien si termina bien* (título con el que se acaba de estrenar la pieza de Shakespeare también conocida como *A buen fin no hay mal principio*). Acaso para su zafada, picante puesta el director Miguel Guerberof se inspiró un poco en ese interrogante de la pobre plebeya (que no tiene un pelo –del pubis– de tonta), revelador de sus inquietudes eróticas luego de que el asistente del tipo que adora en secreto le ha dado una lección sobre las ventajas de perder la virginidad. La verdad es que, trucho y todo, Parolle tiene su gracia para discurrir sobre el tema: "Toda virginidad que nace procede de una virginidad perdida", "al hacer el elogio de la virginidad acusáis a vuestra propia madre", razona rotundamente el hombre, y también hace su propia descripción de la doncellez: "Es una compañera glacial de la que conviene separarse, engendra más gusanos que el queso". Elena, que está enamoradísima ("la vida no existe donde no esté Beltrán", plañe cuando él ha partido casi sin mirarla), en la versión que se ofrece en El Anfitrión (Venezuela 3340, viernes a las 23, $10), pone claramente de manifiesto su calentura de joven mujer casta a su pesar, que lleva un fuentón a cuestas, entre cuyos usos figura el de aliviar sus ardores. No es por cierto el único personaje en celo en esta interpretación que se acerca más a Boccaccio y Chaucer de lo que podría imaginar algún purista académico. Pero ya en su sabrosa relectura de *Un cuento de invierno*, Miguel Guerberof había optado por un enfoque bien profano, sexuado, nada recatado de esa comedia shakespeareana.

Está claro que el director de *Ceremonia enamorada* (su anterior Shakespeare, sobre monólogos de diversos personajes femeninos y sonetos) comparte la estima del descomunal escritor inglés por muchas de las mujeres que cobran alto relieve en sus obras. Sin embargo, a Guerberof le gusta coquetear en las notas con esto de que ellas son un misterio indescifrable (¿Por qué será que las mujeres no hablan nunca del misterio masculino? ¿Quizá porque los tienen suficientemente junados y ya nada en ellos las sorprende?), por lo cual se dedica a aceptarlas y amarlas sin más. Una manera de cortejar al género femenino que desmienten en parte puestas como las de *Todo está bien si termina bien*. Es cierto que el texto le brindaba un cuarteto de roles femeninos animosos, fuertes, de una honestidad básica que no traicionan nunca, con Elena a la cabeza: esta chica no está dispuesta a arredrarse frente a los desaires del petulante Beltrán y, con las recetas magistrales de su padre médico, marcha a curar al rey y después pide como recompensa un marido (Beltrán, obviamente) que la rechaza y prefiere irse a la guerra. Elena no ceja en su determinación y con audaz creatividad –respaldada primero por la Condesa, y después por la Viuda y su hija Diana– logra cumplir las imposibles exigencias de ese esposo que le escamoteó la noche de bodas. Elena consigue el anillo que le había dado el rey a Beltrán y se queda embarazada sustituyendo en la oscuridad a la inmaculada Diana ("si sale bien el engaño, nadie habrá pecado aunque el pecado se haya cometido"). Hay que decir que al lado de estas damas resulta algo lastimosa la galería de varones con el tilingo y perjuro Beltrán al frente. Sí, todo termina bien, pero la pareja central no parece destinada a una dicha duradera...

Profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término (al decir de Borges respecto de los clásicos), Shakespeare, que nos representa a todas/os en cada una de sus obras, es representado una vez más. Con libertad ("todos hemos traicionado a W.S.", decía Orson Welles) y felicidad, en buena medida gracias al rendimiento de un grupo de actores que, en su mayor parte, ya se había lucido en *Un cuento de invierno*.

LA CURIOSA

Una vez subió a un taxi con la intención de ir a su trabajo, una pequeña fábrica de lámparas artesanales. Se llamaban "velo de novia" y consistían en una sucesión de cilindros de vidrio con bolitas de aluminio en los extremos e insertados bajo un plato en ristras de diversos tamaños, hasta que el conjunto tomaba la apariencia de una araña de Versailles en versión Versailles, con o urbano. Podía cortar mil vidrios en una jornada de seis horas, preparar el circuito eléctrico, enrular el alambre de aluminio que atravesaba cada pieza. Era una proletarización indolora pero el horario la insubordinaba. La plata se le iba en taxis. Sentada en el asiento se subió el cuello del tapado y metió las manos en los bolsillos.

–Hace frío, más si uno no está acostumbrado a estar adentro de un taxi– dijo el chofer. Por el espejo ella vio que hablaba sin mirarla.

–(...)

–El dueño en este momento debe ser padre. ¿Qué iba a hacer? Ahora menos que nunca puede tirar un día de trabajo a la calle. Me llamó cuando la señora ya tenía dilatación. Lo conozco desde la infancia y le hice la gauchada de reemplazarlo.

–(...)

–En el Instituto dejé a mi hija. Que por un día las clientas tengan paciencia. Ella sabe todo por experiencia. No es lo mismo que haber estudiado como yo pero, en cambio, tiene los resultados a la vista.

–(...)

–Parece mentira, hay gente que piensa que es una frivolidad. Pero ¡cuánto sufrimiento puede haber en una mujer cuando la naturaleza le da de más!

–Ajá –cedió ella– ¿pero usted a qué se dedica?

–Soy cosmetólogo de senos.

–(...)

–Es una historia triste con final feliz. Imagínese, mi hija a los 14 ya tenía 100. Caminaba toda encorvada, pobrecita. Usaba blusones de solterona. Y en las fiestas ¡cómo planchaba! La madre decía: "A los tipos les va a gustar". Sí, les va a gustar pero no si se transforma en una caricatura. O que parezca una enfermedad. Así que la llamé a Helena Rubinstein. Yo había leído un aviso donde ella decía que había una crema reductora que se aplicaba con masajes. Fui a verla, la señora me atendió muy amable. Me dijo que los resultados eran increíbles.

–¿Usted le hizo masajes a su hija?

–Usted me ofende señorita, se los hacía la madre. Mi hija no podía sola porque para esto hay que tener cierto profesionalismo, firmeza. Hoy tiene un cuerpo perfecto. Cuando le agradecí a la señora Rubinstein, ella se conmovió mucho y me ayudó a poner el Instituto. Hice un curso en medicina, de anatomía mamaria, de ginecología superior, de dermatología femenina.

–(!!!).

–Las clientas me prefieren a mí. Están agradecidas porque las libré de la cirugía mayor, de la peligrosa convalecencia, de los riesgos Raquel Mancini. ¿No vio la nota en *Luna*? Nos sacaron una doble.

–(???).

–La gente es mal pensada pero, mire, si uno hace algo todos los días, se transforma en una rutina, en una profesión, se toma distancia. Si no, nadie iría al ginecólogo ¿no?

–Lo que me dice me interesa relativamente. Tengo busto escaso.

–Ninguna está exenta de la flaccidez. Porque la crema si no reduce *turge, levanta, musculiza* ¿Quiere una tarjetita?

–No iría. Me conozco. Ni siquiera voy a la peluquería.

–¿A ver? El chofer, sin largar el volante, estiró el brazo hacia atrás.

Ella, como en trance, se abrió el tapado, se subió el pulóver, se desabotonó la blusa e, inclinada, exhibió un seno minúsculo, de pezón morado.

El tacto fue rapidísimo. Pero duró lo suficiente como para que ella viera a través de la ventana a un grupo de gente que se agolpaba contra el vidrio y seguía de largo. Habían llegado a un semáforo.

Cuando le entregaba su vuelto el chofer dijo, siempre sin mirarla:

–Es una displasia común. Pero hay que vigilarla.

Llegó a la fábrica y contó todo entre risas. No sabía, repetía, lo que le había pasado. Sus compañeras se escandalizaron. Pero hubo alguna que esbozó un gesto de admiración.

Insistió con la historia y la llevó al mismo lecho conyugal. Esa noche tuvo que dormir sola.

Al día siguiente decidió ir al trabajo en colectivo. Se apoyó en el palo de la parada. Otra vez se le había hecho tarde. Se impacientó por la tardanza y revisó la cartera para ver si le alcanzaba para un taxi. Sintió que detrás de ella se abría una puerta. Miró y vio a un viejito con una lamparita en la mano.

–Señorita... Perdóneme que la moleste ¿no podría ayudarme. Es un momentito no más. Usted sube y yo le tengo el banquito.

Ella dudó un poco y luego fue hasta la puerta.